

Oscar Marchesini

POR SENDAS GAUCHAS



(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Oscar Marchesini

POR SENDAS
GAUCHAS

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Marchesini, Oscar

Por sendas gauchas / Oscar Marchesini. - 1a ed . - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2018.

158 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4427-04-5

1. Cultura Tradicional. 2. Gauchesco. 3. Gauchos. I. Título.
CDD A860

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Octubre 2018

Editorial Municipal de Chivilcoy

Edición: Daniel Casas Salicone

Diseño y diagramación: Federico Capobianco

Foto de Portada: Francisco Madero Marengo "Con el pecho
inflado", óleo 60 x 100 cm.

ISBN 978-987-4427-04-5

Impreso en **ilustre Digital S.R.L.**

Av. Sarmiento 291 – Chivilcoy - Bs. As. - Argentina.

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

AGRADECIMIENTOS

A Daniel Casas, por su incondicional apoyo.

Al Dr. Adrián Vila, Secretario de Cultura de la Municipalidad de Chivilcoy.

Al Procurador Carlos Armando Costanzo por su prólogo.

Al pintor costumbrista Francisco Madero Marengo.

A nuestra Municipalidad y a todo su equipo.

A Elda, compañera inseparable de soles y sombras.

A Carlos y Guillermo, tan mis hijos.

A mis nietas Ayen, Melany y Yena.

PRÓLOGO

EL GENUINO Y GRAN TRADICIONALISTA CHIVILCOYANO,
OSCAR MARCHESINI

Sin duda alguna, el genuino y gran tradicionalista chivilcoyano, Oscar J. Marchesini, constituye y representa, un auténtico y sólido baluarte de las expresiones gauchescas y el criollismo, que siempre se ha caracterizado, por su noble y profundo espíritu nacional, su verdadera pasión y fervor argentino, y su claro y manifiesto amor, hacia el terruño nativo. Un gran tradicionalista, cuya popularizada figura, se asocia a la vida campera, el paisaje rural, la idiosincrasia paisana y, toda una larga y muy fecunda trayectoria artística, como conductor radiofónico y televisivo, animador de peñas, espectáculos, y jineteadas, poeta, recitador e investigador de las costumbres y las cosas nuestras, alentado e impulsado, por un claro y plausible criterio cultural, didáctico y educativo. Nacido en nuestra ciudad, el 22 de julio de 1940, a la tierna edad de cuatro años, hubo de trasladarse, con su familia, a la localidad de Mamagüita, perteneciente al distrito bonaerense de 25 de Mayo, pues su padre, debía desarrollar, distintas faenas y

actividades laborales, en una estancia, denominada “El Destino”. Allí, totalmente identificado y familiarizado, con el típico y agreste ambiente del campo, Oscar Marchesini, pronto aprendió, los oficios de boyero y de mensual, y breve tiempo después, asomándose a la adolescencia, cuando contaba apenas, trece años, se lo pudo observar, participando en distintas peñas folklóricas, de la época, como hábil conductor y vigoroso recitador de sentidos versos gauchos. Con posterioridad, hacia 1961, promovió la creación, junto al inolvidable difusor del arte nativo, Don Héctor Riera, de la peña “Boris Elkin”; más tarde, fundó otra peña, denominada “El Palenque”, y en 1963, conformó y organizó, el grupo dramático y teatral independiente “Amanecer”, con sede en la avenida Ceballos Nro. 119; del cual fuera, maquillador, entusiasta artífice, y singular director escénico. En el año 1970, brindó sus frecuentes actuaciones, ante los micrófonos, de las emisoras capitalinas, Porteña, Mitre y Argentina, integrando el elenco, del conocido programa “Amanecer Argentino”, y el 18 de diciembre de 1974, hubo de comenzar, por la onda de L. T. 32 Radio Chivilcoy, el tan prolongado y fructífero camino, de su bien acreditada audición “Como yo lo siento”; sumándose después, el apreciable espacio televisivo, por Canal 7 Cablevisión, titulado “Dialogando con mi gente”. De sus obras editadas, citaremos un libro de poemas gauchescos: “Abriendo huellas”, impreso en 1972; una recopilación de autores populares: “Tropiando

versos”, de 1989, y el volumen “Por sendas gauchas”, aparecido en el mes de octubre de 1994. Sin duda alguna, entonces, un honroso y gran tradicionalista chivilcoyano, que justa y sinceramente merece, nuestro mayor reconocimiento y particular homenaje, por sus hondas convicciones e ideales; su fiel e infatigable labor, de muchas décadas; sus vasto saber y rica experiencia, y su magnífico y extraordinario aporte, a la historia cultural, de nuestra ciudad, la esencia telúrica, de la Patria, y el alma criolla y gauchesca.

Décimas para Oscar J. Marchesini

*En este radiante día, a Oscar Marchesini, canto,
y del alma, yo levanto las notas de mi poesía.
Hoy quiero, con alegría, de una forma bien sincera,
brindarle mi justiciera palabra de claro aliento,
por su noble sentimiento y su labor duradera.
Una labor admirable, de empuje y perseverancia,
con honda garra y un ansia, siempre intensa y entrañable.
Su trabajo infatigable, su entusiasmo y optimismo,
revelan el patriotismo de una acción, férrea y genuina:
calor y fibra argentina, en defensa del criollismo.
Hombre diestro y empeñoso, dinámico y tesonero,
se inició como boyero, en una infancia de gozo.
Su corazón fervoroso, pleno de cielo y llanura,*

*late junto a la verdura de la pampa, tan agreste,
que en la región del Oeste, se hace huella y espesura.
Y desde niño, ampliamente, estuvo identificado,
con el rancho, el buen asado, y todo el rural ambiente:
El facón más reluciente, el poncho rojo, el apero;
caballo, botas, sombrero, leguas, carreta, tropilla;
plateada rastra, que brilla, y estampa fiel del resero.
Amigo de la domada, la chacra, la pulpería,
el ceibo y la melodía, de una sabrosa payada.
En la recia jineteada, - colorido y emociones -,
o entre zambas y canciones, se puede ver su presencia,
que constituye la esencia, de peñas y de fogones.
Tenaz, humilde y sencillo, sabe de arcos y yerba,
ombú, sauzal, pasto y tierra, zaino, alazán y tordillo.
Habla de pial y potrillo, estancia, aljibe y tranquera,
y de una franca manera, va esparciendo su mensaje,
con aires de paisanaje, pericón y chacarera.
Galopó, tiempo y senderos, más allá de su querencia,
y así adquirió la experiencia de baquianos y troperos,
mensuales y jornaleros, capataces y peonadas;
y en tantas largas jornadas, descubrió, tras la vihuela,
noches de taba y espuela, caña, truco y guitarreadas.
De importante trayectoria, su espíritu apasionado,
brega por nuestro pasado, y en favor de nuestra historia.
Impulso, ahínco y memoria, evoca el ayer perdido,*

*y rescata del oboído, lo típico y pintoresco:
Viejo recuerdo gauchesco, que de pronto, ha florecido...
Años de andar transitando, el mismo y arduo camino,
consciente de su destino, que con esfuerzo, fue ampliando.
Y así entonces, va afirmando, su orientación, gaucha y pura;
una vocación segura, hacia las cosas nativas,
cuyas raíces tan vivas, enriquecen la cultura.
Auténtico y muy pujante, en la escuela, de pequeño,
comenzó a cumplir el sueño del arte, bello y vibrante.
Y luego, siguió adelante, con expresiones teatrales,
después, programas radiales, escenarios, recitado,
y un éxito bien ganado, por sus virtudes cabaes.
Sostenido difusor, del folklore nacional;
obra y entrega total, de lucha y profundo amor.
Simpático animador, poeta y comentarista,
su fervor argentino, fluye en un verso campero,
y es ejemplo verdadero, de gran tradicionalista.*

Carlos Armando Costanzo

Fundador y director – organizador del Archivo Literario Municipal y
el Salón del Periodismo Chivilcoyano, y miembro académico
correspondiente, de la Academia de Folklore de la Provincia de
Buenos Aires y la Academia Porteña del Lunfardo.

PRESENTACIÓN

Aquí estoy, amigos de siempre, hablando de cosas nuestras, como usted me conoce, siempre fiel a mi destino y a mi sentir.

Por mi amor al suelo donde he nacido, por el respeto que le debo, rescato pasajes y momentos de nuestra historia, por supuesto, no la oficial, digo, no la que nos enseñaron a recitar de memoria en el primario. Ésa seguirá acomodándose al gusto y la decisión de algunos pocos.

Como campesino de origen, he vivido muy de cerca las tareas rurales; dediqué gran parte de mi vida a investigar sobre las “pilchas” que componen el apero y el atuendo del gaucho. De tanto seguirlo he conocido palmo a palmo las rastrilladas de su montado y, en parte, he sufrido sus mismos sufrimientos.

De escuchar y convivir con los auténticos paisanos, aprendí a amar a los caballos. Con el correr de los años me fui haciendo a la idea de aprender a descifrar sus “pelajes”; tímidamente me acerqué a los libros, investigué cuanto pude sobre cromohipología; de todo ello fui sacando algún aprendizaje. Permítaseme pues, que vuelque en este libro parte de lo que pude aprender.

Por mi lejana infancia campesina, con pocas respuestas, he querido rescatar giros idiomáticos, modismos, costumbrismos, etc. Fui siempre un buen “escuchador”; tal vez pueda demostrarlo a través de este libro.

Al decir de Ingenieros, “un libro, más que una intensión, es un gesto...” Tal vez pueda o no aceptar la intensión inmadura del propósito, estimado lector; espero que le motive el paisano gesto de rescatar parte de lo que nos pertenece.

*El que va por esta senda
cuanto sabe desembucha
y aunque mi ciencia no es mucha
esto en mi favor previene
yo sé el corazón que tiene
el que con gusto me escucha.*

Martín Fierro

COMIDAS TÍPICAS



Hablaremos de la **carne con cuero**, y no “asado con cuero”, como equivocadamente se la nombra en algunos casos. Es el nombrado un plato primitivo y eminentemente gaucho; aclaro esto, pues el “asado” es citado por autores y muy antiguos, aparece en cada caso en la *Ilíada* y en la *Odisea*, pero nada dicen de la “carne asada en su propio cuero”. Esto es obra del gaucho, de manera que para hablar con propiedad del plato del gaucho y del paisano digamos “carne con cuero”. En su obra máxima José Hernández lo cita:

*Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada
los pasteles y el buen vino
mas ha querido el destino
que todo aquello acabara.*

No vamos a aclarar el modo de asar que tiene nuestra gente en la campaña bonaerense; aquí hay extraordinarios asadores que hacen el deleite de quienes se arriman a la mesa. Hablaremos más bien de otras provincias, de otras costumbres o de otros estilos de asar la carne.

En Córdoba, La Rioja, Catamarca, como en Salta y Jujuy y gran parte de la zona cuyana, la carne se hace al horno, ya sea en las panaderías o en subterráneos improvisados en pleno campo. En Chile ocurre otro tanto y le llaman con el nombre araucano de curanto.

Otros platos típicos de nuestros gauchos fueron (según la zona y el clima) el loco, la mazamorra, las humitas en chala, el mote, el charqui, etc., etc.

En otro momento de esta obra nos ocuparemos de la carne hervida, lo que sería nuestro puchero actual, y su correspondiente caldo, pues no solamente de carne asada vivía nuestro gaucho.

EL PONCHO



El poncho es prenda de uso universal. Fue conocido por antiguas culturas de distintos continentes (Eurasia, África, Australasia, etc.); parece llegar a España desde Roma en su carácter de capa de guerra y viaje.

En el siglo XVIII lo encontramos desde California y Nuevo México hasta el Estrecho de Magallanes y desde 1780 en adelante llegan a nuestro país desde las provincias arribeñas, en especial Salta, Catamarca, Córdoba y Santiago del Estero. El

escritor Saint-Hilaire recuerda que desde Córdoba aparecen ponchos “a rayas de diferentes colores, especialmente azul, algunos llevan el nombre característico de su manera de fabricarlos como a los hechos con telar de pala, se los llama de *apala*, otros por la tela en que se confecciona, como los de *bayeta*, fabricados con esta tela, también otros son nombrados de acuerdo al dibujo que los caracteriza, tal el caso de *los pampas*”. El citado escritor, gran viajero, que pasara por nuestro país allá por el año 1830, nos dice también que “...el poncho es una prenda de vestir no menos indispensable que el resto (se refiere al apero del caballo) para viajar por estas llanuras pues él protege a la vez el frío, las lluvias, el calor...”

Saint-Hilaire recuerda, como al pasar, que, al desembarcar en Paysandú vestido de gaucho, llevaba doblado sobre su hombro izquierdo un poncho inglés de rico paño, lo que demuestra la penetración inglesa en nuestro país (hasta en los paños) desde muchos años atrás.

Nuestro aborígen pampa lo usaba como prenda de paz. Cualquier hombre blanco podría atravesar todas las tolderías indígenas que quisiera, si sobre sus hombros llevaba el poncho del Cacique, tejido por su mujer principal; una bandera de paz con la que muy pocas veces premiaban los caciques los favores y/o amistades de los blancos.

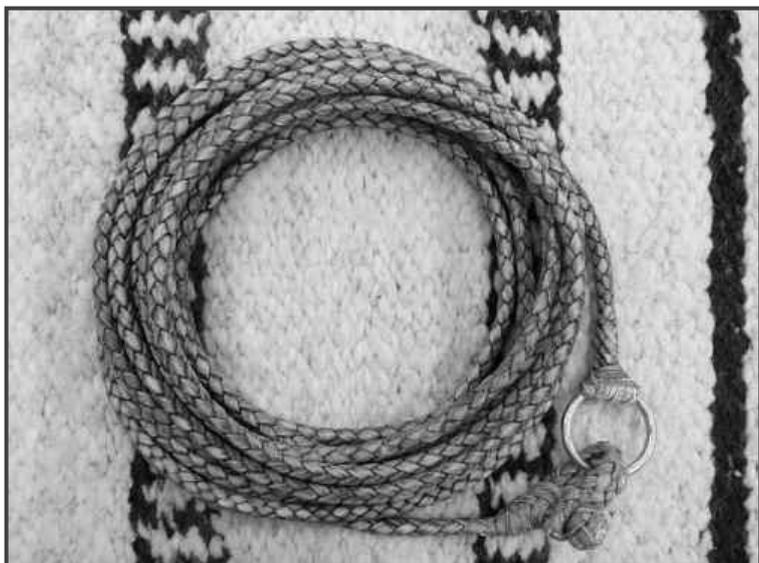
Nuestro gaucho lo llevó al entrar a las pulperías, terciado sobre su hombro izquierdo, listo para usarlo como escudo, bajándolo con el mismo brazo y arrollándolo en él con un solo movimiento, mientras que instintivamente blandía en la diestra el facón; es por ello que no entendemos cómo algunos visten el traje típico nacional y colocan el poncho y el mango del cuchillo hacia el lado derecho; esto denota la ignorancia sobre el significado de la prenda que nos ocupa.

Don Atahualpa Yupanqui, al describir el carnaval de la Quebrada, encuentra en la gente que ha bajado de los cerros *"una fiesta de ponchos... Está el poncho con guarda azul que usan los gauchos de Cerro Pirvado, los que bajaron con sus chinas en ancas, el poncho canela de los serranos de Abra Grande, casi todos mestizos de buen pasar con grandes majadas; el poncho claro y colorinche del mocito pueblero, que llega a la fiesta con aire de señor y que seguramente será el primero al que habrá que auxiliar porque no aguanta el alcohol; están también los ponchos del color de la tierra y el poncho pardo de los runas pobres, sin flecos y sin guarda, ponchos sabios de nieblas y ventiscas, cobija única en esas noches de ojos abiertos..."*

Hermosa manera de reseñar la **Fiesta Larga** de los seres solitarios de la quebrada, al modo magistral del maestro Don Ata.

Antes de cerrar este capítulo destinado a aclarar algunos aspectos del poncho, recordemos el viejo refrán “naides me pisa el poncho”...y, como todo refrán tiene su por qué, también este tiene su significado: el gaucho al entrar a la pulpería o reñidero, haciendo galas de “macho” (si ocurre en todas las especies animales, por qué no entre los humanos) caminaba con el poncho tomado de los flecos sobre su hombro, de manera tal que la punta restante iba arrastrando el suelo; esta era una costumbre generalizada a modo de *juego provocativo*, el que aceptaba el juego le pisaba el poncho, y ya estaba aceptado también el convite, generalmente por la copa, y comenzaba la clásica *visteada*, con los facones envainados al *primer golpe* o con la hoja desnuda y “a la primera sangre”, todo terminaba en risas, abrazos y unas cuantas “giñebras”. Cierto es que en ocasiones no todo finalizaba ahí, pero felizmente fueron los menos aquellos momentos en que los ánimos se “caldieron” y la primera sangre pasó a ser la última también.

EL LAZO



Su nombre viene del latín laqueus y los laqueadores eran, en el circo romano, un tipo especial de gladiadores que intervenían en una suerte de corrida de toros, enlazando a los toros o bisontes; y hemos leído por ahí que los persas “usaban como arma una cuerda de cuero trenzado con un nudo corredizo en uno de sus extremos”.

También describe algo sumamente importante sobre el tema William MacCann en la página 11 de su *Viaje a caballo por las*

provincias argentinas, donde dice: “El lazo de trabajo mide 20 yardas o más”, (yarda: medida inglesa que equivale a 91 centímetros).

Como se imaginará el amigo lector, nada tiene que ver el nacimiento del lazo con nuestro gaucho; lo adoptó, sí, con el correr de los tiempos, como a tantas otras prendas o herramientas. También lo usaron en gran parte de América otros hombres de origen rural como los llaneros venezolanos, huasos chilenos, charros mejicanos, vaqueros norteamericanos, etc. Nunca estuvo la prenda que nos ocupa en manos del indio; de él podemos afirmar no recibió ninguna influencia.

No me detendré a explicar cómo es un lazo, el amigo lector debe saber mejor que nosotros de él. Pero permítanme recordar lo que apunta Francisco Millán y Miraval quien recorrió estas tierras en 1772 y decía: “El lazo se hace de una tira muy larga de cuero que tuercen sola y queda del grosor de un dedo, o bien de algunas tiras delgadas, que, torcidas juntas o trenzadas entre sí, componen el mismo; le colocan en su extremo un anillo de hierro...”

Leyendo el citado apunte del viajero, nos preguntamos si esa “tira larga de cuero que tuercen sola” no sería el lazo chileno. Me atrevería a afirmar que sí.

El médico y escritor Roberto Bouton tiene un sabroso capítulo sobre el lazo, del que no quiero privar al lector de conocer o recordar, ya que pone un detalle más sobre el tema. Dice Bouton que el gaucha brasileiro es el que emplea los lazos más largos, mientras que los más cortos los usa el argentino (12 a 16 brazadas), y al hablar de los trenzados de 4 o de 6 aclara que los tientos son desvirados del lado que va hacia afuera.

Veamos el modo de llevar el lazo: es estilo surero, y además, como comodidad en el viaje, arrollado sobre el anca y atado con dos tientos sobre las cabeceras del basto; esto se hace para dejar espacio a las maletas o a lo que se ponga bajo el cojinillo.



Dice Javier Muñiz en sus apuntes del año 1938 que en el sur de la provincia de Buenos Aires, si bien lo llevaban en el centro de las ancas o colgando directamente de los tientos; algunos paisanos le dejaban dos o tres rollos de mayor circunferencia que los demás, rebalsando el nacimiento de la cola de los caballos; tal vez con ello demostraba la mansedumbre del montado. Por supuesto, hablamos de la forma de portarlo en los paseos o en fiestas, o para momentos donde su uso no revestía urgencia, puesto que la manera más rápida de utilizarlo es llevándolo atado con un nudo tipo medio moño, a los efectos de desatarlo de un tirón.



Otra de las varias maneras de portar el lazo sería la llamada **magdalenista**, pues era usual ver a los paisanos de Magdalena armando el lazo con rollos relativamente pequeños y sujetos por un tiento fijo en la cabecera anterior del basto, sobre la paleta derecha del animal. La iconografía de la época atestigua que Los Colorados del Monte, por decisión de Don Juan Manuel de Rosas, llevaban los lazos de esta manera para no enganchar la espuela al montar o desmontar el caballo. Muy poco se sabe de esto, pero sería en nuestra provincia una de las más antiguas y auténticas formas de portar el lazo.

LAS BOLEADORAS



Voy a comenzar por explicar el área de las boleadoras, es decir, sus comarcas iniciales. Dice Assunção que pueden delimitarse así: Imperio Incásico y sus zonas, Ecuador, Perú y Bolivia, todo el actual territorio uruguayo y argentino y parte del estado brasileño del Río Grande del Sur.

No hay dudas, con referencia a los conquistadores, de que desconocían totalmente el uso de las boleadoras al iniciar la conquista de América. Pero es bueno recalcar que, si bien es cierto que el área de las boleadoras fue extensa, hay una comarca fundamental para su uso, constituida por las regiones sureñas y pampeanas, mesopotámicas y litoraleñas, las llanuras verdes y las cuchillas uruguayas-riograndenses.

Aquí las boleadoras convertidas en primer arma de guerra de todos los grupos indígenas, serán bien recibidas por el nuevo elemento rural mestizo-criollo; este las adoptó a su medio ambiente (ganado de talla) y les colocó una bola más, (las boleadoras del indio eran de dos) y conformó las de tres ramales a las que llamó *las tres Marias*; también se las llamó potreras, en contraposición con sus hermanas de ramales chicos, llamadas avestruceras o ñanduceras.



ACUARELA DE FEDERICO REILLY

LAS BOLEADORAS, ARMA NATIVA

Ensayo agregado a la segunda edición.

Cuando decidí colocar este título a mi ensayo sobre las boleadoras, comprendí que además debía decir para no desmerecer el mismo: las boleadoras, prolongación del brazo del gaucho como lo fue el lazo, el desgarrador; pero comencemos por buscar a los investigadores viajeros, cronistas, especialistas en el tema; como para que nos ilustren y por supuesto, con el debido respeto, también nosotros daremos nuestra opinión.

El gran escritor Enrique Rapela, pintor costumbrista además, nos dice al respecto a través de su libro *Conozcamos lo Nuestro* que los primeros en usarlas fueron los indios, de quienes el gaucho las adoptó, hablemos de la “bola loca”, “bola pampa” o “bola perdida”, eran éstas de una sola bola, con un tiento retorcido de aproximadamente un metro, a la que el indio arrojaba con increíble puntería o la usaba adherida a su muñeca para la pelea cuerpo a cuerpo, para poder sujetarlas con el tiento o torzal el indio les hacía una caladura en toda su circunferencia a la piedra y en él sujetaba el tiento. Estaban también las “avestrucceras”, las que fabricaba el indio de dos ramales y por

supuesto de dos piedras del mismo peso aproximadamente, él las llamó en su idioma “laques”, no eran retobadas, las unían con tientos o tendones de ñandú de unos dos metros de largo¹, continúa Rapela diciendo que las boleadoras eran de dos o tres ramales o piedras, según fueran para cazar avestruces o cuadrúpedos. El autor que nos ocupa cita a Francisco Javier Muñiz que allá por el año 1845 dice que... “las boleadoras eran formadas por tres piedras gruesas como un puño, forradas en cuero y atadas a un centro común con fuertes cuerdas también de cuero de más de una vara de largo, la usan tomando la más pequeña que llaman manija y hacen girar sobre sus cabezas las otras dos voladoras hacia las patas de los caballos o vacas que quieran enredar.....”

Continúa luego Rapela diciendo que el gaucho las llevaba atadas a la cintura, con un tipo de nudo que permitía desatarlas al más leve tirón, de esta manera se convertían en eficaz arma de defensa y ataque, y en manos del gaucho permitían conjurar el riesgo que suponía quedar a pie en medio de la pampa inmensa, luego de una imprevista rodada². Cuando el gaucho salía de

¹ A lo largo de nuestro trabajo aclararemos algo más sobre las medidas, de este u otro tipo de boleadoras.

² Sabido es la gran cantidad de perros cimarrones que habitaban la gran llanura pampeana en aquellas épocas, los pumas, etc. y la muy poca agua a conseguir ,además encontrar una posta , o algún rancho era prácticamente imposible, de manera que como bien dice el autor

boleadas, llevaba varios pares de bolas sujetos a la cintura y terciadas en bandoleras y además debajo del cojinillo algunas “potreras” por las dudas. El paisano que boleaba no se detenía, luego de ello, seguía persiguiendo más presas y cuando terminaba la faena volvía por “la rastrillada” a recoger las presas y las boleadoras que podía localizar. En zonas donde la piedra no abundaba, el paisano se ingenió para suplirla con hueso de fémur: (cortaba dos medias cabezas de fémur y así unidas y retobadas en cuero crudo mojado obtenía lo que deseaba) y para finalizar su exposición del tema don Enrique Rapela dice que la medida de las boleadoras debe tener un metro hasta el punto en que se unen; pero la manijera debe tener de más el largo de esa bola³.

El escritor Enrique Taranto, piensa y opina al respecto, en la revista mensual “El Chasque Surero”, dice: las boleadoras responden a un origen netamente Americano, y si afinamos la puntería, Sudamericano, ya que en todo el ancho y largo del Imperio Inca, en todo el territorio Nacional, en el Uruguay y en toda la zona aldeaña del Sur Brasileño, se ha utilizado como

que nos ocupa ,quedar a pie para el gaucho era prácticamente la muerte.-

³ Con todo respeto, no comparto esto, pues difícilmente el gaucho tenía a mano un metro para medir las boleadoras, pero como ya habíamos dicho, más adelante nos ocuparemos de ello.-

arma de caza y de guerra; al respecto citaré un pequeño párrafo del libro de Oviedo “Historia General y Natural de las Indias” dice; mas tengo por cierto que aquella arma que los indios usan en las comarcas del Rio de la Plata, nunca los cristianos lo supieron, ni leyeron, ni los moros la alcanzaron, etc, etc.

Tres tipos de boleadoras describe Taranto en la mencionada revista: la bola perdida, tal vez llamada así en contraposición con la honda, un indio revolea dos o tres veces sobre su cabeza una piedra, valiéndose de unas tiras de cuero, y la arroja hacia el blanco, que, generalmente es la cabeza del enemigo, acertando la mayoría de las veces. En cambio la bola perdida parte rauda hacia su destino con la sogá adherida a ella, claro queda que, mientras la piedra de la honda se puede dar por perdida, como si fuese una bala, la otra se recupera, pues no es solamente un proyectil, es un arma que ha llevado un proceso de construcción, tiene dueño y en ocasiones fue fabricada a preferencia o especificaciones del mismo. ¿Qué medida debía tener la sogá o tiento que sostenía la bola que detallábamos?, una de sogá corta de no más de un metro de largo, con un botón en el extremo para hacer las veces de manija, al que se le adosaba alguna pluma de avestruz (para mejorar la puntería). Sumamente apta para revolear y arrojar a distancia, pero también útil como maza, lanzando golpes a corta distancia sin soltarla; en estos casos

algunas no llevaban botón como remate o manija, sino que tenían algo así como un ojal para pasar la soga por la muñeca. Otra con una soga larga de varios metros, con el extremo libre afirmado a la muñeca derecha por medio de un ojal, y arrollada en el brazo dejando libre unos setenta centímetros, de manera de usarla en lucha corta, o revoleada y lanzada extendiendo el brazo para que se desarrollara libremente hasta alcanzar el blanco. Las sogas eran confeccionadas con materiales diversos, tendones o nervios de ñandú, cuero de potro, lomo o cogote de guanaco, cogote de toro, lomo de puma o de tigre. Normalmente no eran de cuero sobado, sino de cuero crudo retorcido, pudiendo ser de una, dos o tres hebras. En cuanto a la bola era generalmente de piedras redondas, ovales, piriformes, siempre con un surco tallado en su porción ecuatorial (en el medio) para permitir el amarre de la soga o torzal. Algunas, dice Taranto, eran verdaderas obras de arte a las que el indio llamaba “erizadas” ya que tenían puntas o mamelones para obtener mayor contundencia. Algunas veces se han visto bolas de plomo, obtenidas por medio de fundición en un molde o pulido de fragmentos de hierro o metal de origen meteorítico. En cuanto al tamaño de la bola única, perdida, o “arrojadiza”, era del tamaño de un puño (9 o 10 centímetros de diámetro) y el peso no excedía los 450 gramos.

Dice Taranto refiriéndose a una nota de Isaac Morris, con respecto al uso de las boleadoras por los indios del sur: "...como método existe una angosta correa de cuero crudo, de unos doce pies de largo, en cada uno de cuyos extremos, está atada una bola redonda de hierro de unas dos libras de peso. Cuando están a una determinada distancia de la presa elegida, revolean esta bola repetidas veces sobre sus cabezas, hasta que tomen suficiente vuelo, y luego la arrojan a las patas de los caballos, soltando al mismo tiempo, la bola de manija de la mano izquierda; seguramente el animal muy pronto caerá enredado en esta arma infalible.⁴

Con esto pretendemos que nuestro lector analice el pensamiento de distintos investigadores del tema que nos ocupa, es por ello que transcribiremos algunos datos del escritor Martiniano Leguizamón en su "Revista de la Universidad", datos publicados en 1919, dice: "... tengo para mí que la boleadora indígena se componía solo de dos piedras, una mayor que es la que giraba sobre la cabeza, y la menor o manija que se mantenía en la mano para arrojarla, esto explica la diferencia de tamaño y forma en la que, la mayor, ovoidal y esférica, guarda siempre proporción con la menor que servía de manija....", y

⁴ El autor nos habla de unas bolas de unas dos libras de peso cada una, nos resulta casi imposible creer que podía haber boleadoras con bolas de casi un kilogramo cada una, ¿cómo revolear y arrojar las mismas?

más adelante el mismo autor dice algo, con lo que estamos muy de acuerdo, la boleadora de tres piedras, son de invención del gaucho y de ahí el nombre de “Tres Marías” con el que siempre la reconoció.

Dos cosas debemos reconocer por nuestra parte, los indios usaron las boleadoras de dos ramales y el gaucho de tres, y algo más, el indio no las retobaba y el gaucho sí, generalmente las usaba retobadas. Para el retobo, nuestro gaucho usó cuero de garrón (por la forma del mismo), de testículo de toro, de lagarto, de cualquier parte del cuero o incluso de tientos de potro retejidos.

En cuanto a la medida en la boleadora, citaremos también distintas opiniones. Rex González dice, “...las que formaban tres ramales tenían dos patas iguales y una tercera más larga que era la manija la que era más pequeña. (Seguramente volveré en otras oportunidades sobre el escritor mencionado, pues tiene sobre lo que nos ocupa muchos datos de gran importancia).

En cambio la expresión de don Tito Saubidet, un gran conocedor del tema, paisano al que conocí y traté en varias oportunidades, es la siguiente: “las sogas o torzales eran fabricados de diversos materiales, tendón de avestruz, nervios de avestruz, cogote de toro, de guanaco y aun de tigre y en algunos casos de puma, la técnica era la mayoría de las veces de un tiento

retorcido, dos o tres tientos, aunque a veces se han visto trenzados, pero al llamarse torzales “lógicamente es porque eran torcidos.”

Veremos de poder explicar o graficar las medidas de las “potreras” y “ñanduceras”. Las primeras eran de una brazada, más el largo de la mano al codo⁵. En cuanto al ramal que sale para manija, digamos que se injerirá o se amarrará firmemente al justo medio entre los dos extremos del torzal principal.

En cuanto a las “ñanduceras” (por supuesto de dos bolas) la medida era una brazada completa más la caída de ambas bolas hasta el codo de cada lado. (No encuentro modo mejor de explicarlo, confío en la buena interpretación del lector).

En algún momento Saubidet solía decir con respecto a las “ñanduceras”, que algunos dicen haber visto de tres ramales, y es probable, que el paisano “chambón” las usara en algunos casos para asegurar el tiro, pero el boleador diestro siempre usó la de dos ramales.

Hasta aquí hemos hablado con algunos expertos en el tema, o mejor dicho, hemos descripto el modo de pensar de ellos con respecto a la boleadora como arma, o prolongación del brazo del

⁵ Para explicarlo mejor ,tomar con la mano izquierda las dos bolas iguales y estirar ambos brazos en la brazada total, en la mano derecha así extendida la boleadora ,debe caer y llegar hasta el codo la bola de la manija.-

hombre (nativo o paisano). Antes de proseguir con otros investigadores en el tema, hablemos un poco de las boleadoras actuales, las de simple lujo (marfil, plata, oro) o combinadas entre sí, obras magistrales de grandes plateros e incluso de grandes sogueros entretrejiendo con finísimos tientos las bolas, que indudablemente quedan muy bien para los desfiles criollos, o para el paseo o también para el orgullo personal del dueño, pero que, de ninguna manera servirían para entrar en una boleada o como arma personal en refriega contra el indio, eso sí, es muy útil para armar el recado, atadas en la parte delantera de la encimera, arrolladas de manera tal que las dos juntas mayores (las de revolear), van unidas del lado de montar (lado izquierdo) y la otra, la de manijera, va arrollada con el resto de los ramales hacia el lado derecho, sujeta por medio de un tiento con un nudo muy simple a los efectos de que, en caso de apuro, al primer movimiento estén preparadas.

Dice en su hermoso libro *Equitación Gaucha en la Pampa y Mesopotamia* el escritor costumbrista Justo P. Sáenz (h) "...llevaba nuestro gaucho, o nuestro antiguo hombre de campo, ceñidas a la cintura, las infaltables boleadoras, con nudos muy fáciles de desatar al primer tirón, he conocido paisanos que en contados segundos las tenían en la mano listas para usar y revoleando sus potreras, casi con la misma velocidad que un

vaquero puede desenfundar su arma”, como se ve, eran eficaz arma de ataque y defensa y además, conjuraban con su oportuno empleo, el grave riesgo que suponía quedar a pie en una rodada. (En páginas anteriores he dejado aclarado los riesgos que suponía quedarse a pie en la llanura pampeana).

Cuando el gaucho salía a las grandes boleadas, portaba también a la cintura varios pares y también en bandolera o sobre el cojinillo, sentado directamente sobre ellas, en nuestra Mesopotamia, continúa diciendo Sáenz, ya casi nadie las usa, no así en nuestra Provincia de Buenos Aires, en la que todo el mundo hace gala de ellas, aunque no exista un ñandú o gama en treinta leguas a la redonda y solo le sirva para armar el recado, y proporcionar al jinete un punto de apoyo a sus rodillas.

Al referirse al tema que nos ocupa, el gran historiador, investigador costumbrista y poeta, Fernando Assunção, nos dice en uno de sus libros, *Pilchas Criollas* que, la boleadora es herencia cultural de tribus autóctonas sudamericanas de la región Platense, las que a través de los años pasan al gaucho. Los europeos en general desconocían totalmente, al iniciar la conquista, el uso de las boleadoras. Creo que esta afirmación nos exime de todo comentario viniendo de quien viene, la encontramos sí en todo el imperio incaico y toda su zona de influencia, desde Ecuador, Perú y Bolivia; todo el actual

territorio Argentino, todo el Uruguay y la parte del Estado Brasileño de Rió Grande del Sur. En Chile aunque se han hallado bolas de piedra en yacimientos arqueológicos del norte, y aunque es sabido el uso que de esta arma hicieron los araucanos, es evidente que no se usaba en el momento de la conquista. Hay pues una zona fundamental, históricamente, dentro del área de la boleadora: es la constituida por las regiones sureñas y pampeanas mesopotámicas y litorales, las llanuras verdes y las cuchillas Uruguayo-Riograndenses. Allí la boleadora convertida en primer arma de guerra por los grupos indígenas que se hacen caballeros: charrúas, minuanes, pampas (con todos sus componentes), guaraníes, chanas, y tapes, será bien pronto recibida por el nuevo elemento rural, mestizo o criollo, como herencia cultural de primer orden, solo comparable en importancia etnográfica y económica al mate.

En cuanto a tipos de boleadoras, Assunção nos recuerda también, al igual que otros escritores que ya hemos visto; la bola perdida, las boleadoras de dos (ñanduceras) o las de tres ramales (potreras), señala luego, refiriéndose al escritor Aguirre, que cita éste a la bola perdida, diciendo que es una bola de metal o de piedra, siempre trabajada por el indio, del tamaño de una de los trucos, la bolean sobre la cabeza como la honda y la despiden con sumo acierto a bastante distancia; en cuanto a la de dos

pedras sirve para enredar animales. Cuando se refiere al historiador, Isaac Morris, (al que en algún momento citáramos precedentemente) éste habla del lazo y las boleadoras , sobre lo primero acota que “...andan con una lonja de cuero de caballo de una o dos pulgadas de ancho y cincuenta pies de largo con un nudo corredizo en un extremo⁶, a este nudo lo sostienen con su mano derecha, y el otro extremo con la izquierda, hasta aproximarse a la presa a toda carrera, ahí revolean sobre sus cabezas la armada sosteniendo el nudo con la mano y cuando la tienen a tiro arrojan el lazo, mientras tanto sostienen con toda sus fuerzas al otro extremo y al animal que han tomado, el que pronto allojará y detendrá su marcha. El otro método para tomar un caballo es una angosta correa de cuero, con una bola redonda de piedra o de hierro en cada punta, al acercarse a su presa revolean una de esas piedras sobre su cabeza a la vez que la otra sirve de manija, cuando la hacen tomar velocidad la arrojan recién sobre las patas del animal, el que con su misma disparada, no hace otra cosa que enredarse en esas bolas y caer inmobilizado.

Los indios, con estas mismas bolas, solían matar pájaros al vuelo, eran muy diestros y tenían tremenda fuerza para arrojar a

⁶ Notará el lector que por lógica en esta época aún el lazo no tenía argolla, como los actuales, sino que tenían un nudo corredizo, por donde pasaba el resto a efectos de formar la armada de esta manera.

gran altura esta arma, esta forma de caza la practicaban también los isleños del Paraná, existen datos sobre ello.

Sobre las boleadoras de tres piedras, también nos dice Assunção, que, las usó normalmente el gaucho para la captura del ganado de talla y más tarde para la guerra.

Es algo difícil establecer claramente su origen, aunque parecería en mayor número de opiniones, que se trataría de un invento de tipo rural, basado en las boleadoras de dos ramales de los indígenas.

Al escribir este pensamiento del gran escritor uruguayo, con respecto al uso de “Las Tres Marías” como arma de guerra, no puedo menos que recordar al general José María Paz, aquel 10 de mayo de 1831, cuando las tropas de Estanislao López, divisan a tres paisanos que pretenden disparar a caballo, Don Francisco Zeballos, soldado de López, desató las boleadoras y aunque estaba cayendo el sol, y la visión no era la mejor, debido a la hora del crepúsculo, con singular maestría, enreda las patas del caballo del hombre que pretendía huir, era nada más y nada menos que el “manco” Paz, gran soldado y mal jinete, fue llevado prisionero al campamento del General López , éste le hace saber de la noticia a Rosas, que se encontraba en Pavón y lo manda luego a la cárcel de Luján. Don León Benarós en su *Romancero Criollo* comenta en cuartillas sobre el tema:

“...Pero al volver la cabeza / Sin advertir como fué / Un tiro de boleadoras / Lo vino a dejar a pié / El que mostró tanto tino / En lo de bolear caballos / salió siendo un montonero / nombrado Pancho Zeballos...”

Dice la historia en la pluma de Jorge Perrone, página nº 26 del *Diario de la Historia Argentina*: cuando lo traen al General Paz el primero en ponerse de pie fue el General López, se acerca al prisionero, le extiende la mano en cálido saludo y le ofrece la única silla del campamento, el General Paz la rechaza y se sienta en una cabeza de vaca de las que rodean el fogón, López le ofrece unos mates al tiempo que ordena a un soldado le traiga un poncho de abrigo para cubrir al huésped, ya que el frío se está haciendo sentir a esa hora, y le dicegeneral, las únicas capas que nos quedan son estas de ponerse por la boca y de cuatro puntas..... A lo que el general Paz contesta que para él eran las mejores para el frío.... Yo me pregunto ya que en la historia estamos, qué hubiera pasado si en vez de Paz prisionero en manos de López, hubiera sido al contrario, López prisionero en manos de Paz o de cualquier otro unitario....basta recordar al Coronel Dorrego prisionero en manos de Lavalle, fusilado en forma inmediata sin tiempo a nada, y sin que el vencedor recibiera al condenado en ningún momento.

Como podrá comprobar amigo lector, me he dejado llevar por mi pasión, es decir, sin quererlo me he puesto a filosofar sobre acontecimientos de la historia argentina, ya que el motivo fue simplemente, corroborar la importancia de la boleadora como arma de guerra.

Pero prosigamos, según dijimos hasta ahora, la boleadora usada generalmente por nuestros gauchos desde el siglo dieciocho, es sin ninguna duda la de tres ramales, llamada “potrera”, “tres marías”, “bolas de potro”, siempre en contraposición con la de dos ramales o “avestruceras” o “ñanduceras”. Consistía básicamente en tres pesas de forma esférica o piriforme de piedra, madera dura, hierro, metal, bronce o plomo.

Estas tres unidades se equilibran recíprocamente en volumen y peso del siguiente modo, una más pequeña y mucho más liviana, que es la que permanece en la mano hasta el momento de su lanzamiento, las otras dos son de peso similar (nunca idéntico) para que al girar se separen bien. Se forraban o retobaban de cuero crudo, del garrón, de testículo de toro, cuero de lagarto, a veces el forro era una verdadera cesta de tientos primorosamente tejidos. Los ramales, sogas o torzales, tampoco eran idénticos, siendo más corto el de la manija. Eran de uno, dos, o tres tientos torcidos o trenzados y el material era sacado

de cuero crudo de potro, cogote de toro o guanaco y aun de león bayo⁷ o de tigre.

El manejo de las boleadoras no es sencillo ni fácil, prosigue diciendo Assunção, desde siempre se la consideró como muy sutil y propio de quienes estaban acostumbrados a usarla.

Muchos años después, un hombre de gran inteligencia y mente joven como lo era Charles Darwin, experimentó en carne propia la más ridícula impotencia para hacer un tiro de bolas, con el desastroso resultado de enredar a su propio caballo. Él mismo relata el caso:..."los gauchos se mataban de risa y gritaban que nunca habían visto a un hombre bolearse a sí mismo..."

El escritor Francés Julián Mellet en su obra *Viaje Por el Interior de la América Meridional*, (1808-1820), al describir a los gauchos tigreros, o cazadores de jaguares a caballo con el lazo y las boleadoras, dice: "...si en las primeras tiradas del lazo fallan, emplean enseguida otros más cortos y delgados en cuyas extremidades hay tres piedras, dos de las cuales son del grueso de una naranja, cocidas en la punta de un cordón de cuerdas tejidas en forma de cadena de reloj; cogen una de esas piedras, es decir, la más chica, lo menos la mitad de las otras, cubiertas por una especie de vejiga por todas partes, y después de pasar la

⁷ León bayo se le llamaba comúnmente a nuestro puma.

cuerda entre los dedos, con un movimiento de brazo semejante al de disparar la honda, arrojan el todo sobre el tigre y logran de este modo a la distancia maniatarlo”.

En esto de hablar de las boleadoras en manos de nuestros gauchos y de nuestros indios, nos olvidamos que también la mujer, en su momento, supo revolver las “potreras” o “ñanduceras” como el mejor hombre de su tiempo, citaremos seguidamente al Comandante Prado en sus vivencias tan hermosas de “La Guerra al Malón” donde en la página 60, dice “...en aquellas épocas las mujeres de la tropa, eran consideradas como *fuerza efectiva* de los cuerpos; se les daba racionamiento, en cambio, se les imponía también obligaciones: lavaban la ropa de los enfermos, y cuando la división tenía que marchar de un punto a otro, arreaban la caballada. Había algunas mujeres - como la del sargento Gallo- que rivalizaban con los milicos más diestros en el arte de amansar un potro o de bolear un avestruz. Era toda la alegría del campamento y el señuelo que contenía en gran parte las deserciones de la tropa. Sin esas mujeres, la existencia hubiera sido imposible...”

Me resulta sumamente grato ofrecer al lector estas palabras del recto y duro Comandante Prado, referente a las mujeres que acompañaron a nuestros soldados en las dilatadas llanuras pampeanas, mujeres que fueron en gran parte novias, amigas,

esposas, madres de tantos desdichados soldados en la cruenta lucha con el indio, ellas fueron las “médicas” que supieron curar las heridas del soldado (las del cuerpo y las del alma), ellas hicieron sabrosos los amargos en las largas noches de los campamentos, ellas supieron como nadie “estirar” las pequeñas raciones de “charqui” y seguramente supieron entonar alguna Cifra, tan siquiera como bálsamo para las penas e incertidumbre del soldado. No en vano la historia guarda en su seno el recuerdo, siempre florecido de la Damacita Boedo, que acompañara el sueño loco del General Lavalle, o la Delfina Correa, galopando al lado del supremo entrerriano, o Encarnación Ecurra en todo momento la consejera, esposa y amiga del brigadier general don Juan Manuel de Rosas, o el desconsolado llanto de Victoria Romero, (la compañera del General Peñaloza) aquella tarde del 13 de noviembre de 1863, en que degollaban a su hombre ya viejo y vencido, por un montón de pasiones encontradas, imagino los ojos claros de Victoria, empañados por las lágrimas observando a ese paisano querido en un charco de sangre, luego que las descargas ponen punto final, luego que se llevaran la cabeza del General para clavarla sobre una pica en la Plaza de Olta, tantas lanzas, piensa la Victoria Romero, para matar a un viejo soldado de la Patria, vencido y entregado, sin armas, sin gente a su lado... las

pasiones de los hombres...!! (Sobre todo cuando eran como en este caso, pasiones políticas).

Ya ve, estimado lector, que las pasiones me han desviado de mi rumbo una vez más, sin darme cuenta (o tal vez sí), me fui en busca de la historia, pero sigamos ahora citando algo más del Comandante Prado. Cansado, el Cabo Godoy se había recostado al abrigo del pajonal, al poco tiempo lo vence el sueño, de pronto sintióse despertado por voces de individuos que hablaban a su lado, y al abrir los ojos se encontró con dos indios que lo amenazaban con sus lanzas, uno levanta la lanza para herirlo, pero el otro lo contuvo diciendo...sacando poncho! Godoy comprendió que no lo habían herido por no romper el poncho que tenía puesto, ni ensuciarlo con sangre, y obedeció mansamente, pero al sacar el poncho, se levantó de un brinco, y envolviéndolo en el brazo desenvaino el cuchillo, uno de los indios tiró el lanzazo, que Godoy paró magistralmente y, yéndose al bulto lo derribó de una puñalada en el pecho, el otro indio saltó a caballo y huyó pero el Cabo Godoy, montado en el del muerto y echando mano a la lanza que este había dejado caer, se puso en persecución del fugitivo, desató las “ñanduceras” y con gran maestría asestó al indio un golpe formidable en la cabeza, abrió los brazos el pampa y cayó al suelo....”. Como se puede comprobar, la boleadora también,

auténtica arma nativa, sirvió al soldado en esta oportunidad como en tantas, para apresar al enemigo.

A continuación unos datos muy ilustrativos, que me agradaría dejar en estas páginas, algo que sobre el gaucho (o Gauderios) nos informa uno de los libros más importantes para consultas: *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* de Concolocorvo, donde grafica maravillosamente sus andanzas a lo largo del viaje por él realizado desde Lima a Buenos Aires en el año 1773; ahí nos dice en la página 33: "... los gauderios son mozos nacidos en Montevideo o en sus vecinos pagos, mala camisa y peor vestido, se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas que estropean y, muchas que sacan de su cabeza⁸, las que regularmente ruedan sobre amores. Si pierden el caballo o se lo roban, le dan otro o lo toman de la campaña enlazándolo con un cabresto muy largo al que llaman "Rosario" (Por supuesto que no está hablando de otra cosa que del lazo), también cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los "trucos"⁹, que muchas veces son de piedra que forran de cuero,

⁸ Esta observación tomada a la pasada por el escritor, nos está hablando del precursor del canto improvisado, es decir algo así como los primeros pasos del payador, sublime acto de cantar como los pájaros, improvisando al momento y sobre temas del momento.

⁹ Se le llamaban "Trucos" "al juego de billar, de manera que el autor al referirse a ello alude a la similitud del tamaño de las boleadoras, con

para que el caballo se enrede en ellas, como así mismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas. (En estos años aún no se conocerían las boleadoras de tres como “Las Tres Marías”, ya que, en ningún momento las nombra el autor de estos relatos, de esa manera).

Muchas veces se juntan de éstos, cuatro o cinco, y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y el cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o novillo, la enlazan, derriban, eligen el bocado a comer, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan muy mal, y medio crudo se la comen, sin más aderezo que un poco de sal (si es que la llevan por contingencia).

Por su parte el escritor Assunção nos habla sobre estas reuniones de gauchos para la cacería de avestruces diciendo “...los cazadores se encuentran todos de a caballo y de ahí parten en distintos puntos y en sentido inverso, de tal modo de ir formando un inmenso arco de varios kilómetros de radio, cuyos extremos muy pronto se unirán, y luego van cerrando el círculo más y más, y pronto todos los animales que se encuentran dentro del círculo quedaran en él atrapados sin poder zafarse,

respecto a las bolas de billar.- Y es lógico ello, puesto que aún hoy se busca armar “Las Tres Marías” con bolas de este juego.

solo pasando frente a alguno de los boleadores o cazadores que les arrojará sus bolas a la pasada; cuando la caza abunda, es curioso ver a cientos de zorros, avestruces, ciervos, correr enloquecidos por entre los cazadores. El gaucho para esta tarea elige siempre el mejor pingo y además contará seguramente con la ayuda de uno o varios perros ejercitados en estos menesteres.

Ya que de cacería o de boleadas hablamos, quiero citar aquí, algo que al respecto nos dice Sánchez Zinny, en su libro *Integración del Folklore Argentino*, en página 106 del mismo, "...Se trata de la caza de avestruces para vender la pluma, episodio característico de la vida en el desierto en una época ya lejana de la historia argentina. Generalmente en primavera y en otoño, se reúnan los paisanos con sus mejores caballos, la gente de madrugada sale a formar cerco, se abre de derecha a izquierda de uno en fondo describiendo un círculo de varias leguas, abarcando un área considerable. A la cabeza van los "punteros", los siguen los "boleadores", entre los que se encuentran los llamados "batidores". A medida que los "punteros" avanzan, los "boleadores" ocupan sus puestos en la circunferencia, separados uno de otro a gran distancia. Cuando los "punteros" se juntan, prenden fuego al campo, avisando a la cuadrilla la dirección que llevan y que el cerco está cerrado. Entonces de los cuatro puntos se levantan humos, contestando a

los primeros. Esta señal es muy importante para cerrar el cerco, cada “boleador” se ata a la cintura hasta seis pares de “ñanduceras” y comienza la boleada. De esta suerte, el campo cubierto de jinetes a la disparada y de avestruces aterrados y fugitivos, da la sensación de que todo entrara en un torbellino de persecuciones, donde el girar de las boleadoras silbando en el aire y la algarabía de los gritos ponen en el escenario las exaltaciones épicas de viejas batallas campales. Ya de vuelta en sus ranchos, las mujeres festejan el triunfo de las corridas o velan a los caídos en las peligrosas faenas, mientras en las pulperías, en los bailes y payadas, se comentan las proezas de los hábiles gauchos, inspirando a los cantores y dando temas a todos...”

Como comprobará el lector, era las boleadas motivo de algarabía, de fiesta, pero a la vez también un sustento para el hogar, ya que la pluma valía y además era motivo fundamental para el “trueque”, tan de moda en esa época.

En su libro *Viaje al país de los Araucanos* don Estanislao S. Zeballos, también describe un momento de boleadas entre los indios “...grandes y densas columnas de humo se levantaban verticalmente por falta de vientos inferiores, y a cierta altura sus crestas, al entrar en corrientes de vientos superiores, se extendían horizontalmente formando extensas nubes. La llanura ardía. Estas quemazones hallan un elemento generalmente seco,

como son los pastos duros, y el incendio se derrama rápidamente en muchas leguas a la redonda, sin embargo este incendio era limitado en ciertos puntos formando una circunferencia, y esto era suficiente dato para comprender que andaba la mano del hombre. Efectivamente allí los indios de Quiñeleu andaban de boleadas...". Por supuesto que los datos del gran viajero, son muchos más, pero a lo largo de nuestras notas ya hemos aprendido algo de los entretelones de una gran boleada, ya sea entre indios y gauchos, como de unos y de otros entre sí.

Una experiencia particularmente mía quiero dejar para ustedes, viajando por la Patagonia con el Payador Carlos Marchesini, con motivo de un espectáculo de canto y guitarra al que fuéramos contratados, llegábamos al lugar citado ya casi "cayendo el sol", un pequeño paraje perdido entre la soledad y la aridez de la zona, ahí flameaba orgullosa en rústico mástil de tacuara, el pabellón de la Patria, una escuela para los pocos niños mapuches del lugar, me alegró saber que los gobiernos se habían acordado de llevar las primeras letras hasta esos parajes (Después comprobamos que no fueron los gobiernos sino que el programa Argentina Secreta, que se emitía por televisión había donado esa escolita). El paraje del que les hablo se llama "Santo Domingo", pertenece a la Provincia del Neuquén, queda

bordeando la Ruta 22, camino a Zapala, unos 25 kilómetros antes de ella. Habíamos dejado atrás las ruinas del viejo paraje de “La Pasto Verde”, lugar que inmortalizara en una zamba la voz querida de Jorge Cafrune, como decía, llegamos a esa escuela del “pago”, a la noche. Como fin de la “Veranada”, estaba programada la gran fiesta, guitarreada con cantores de la zona y el Payador Marchesini como número final, nosotros animando la noche, la que finalizó con baile popular (Acordeón y guitarra). Gente de la zona que con algunos chamamés, rancheras, valeses, etc. alegraba por una noche al menos, su triste existencia; colaboraba con su escuelita. El maestro, un hombre grande ya, vivía en la misma escuela, oficiaba de mozo esa noche. Cosa increíble, el baile no tenía horario de finalización, nosotros terminamos con nuestra labor en cuanto al espectáculo, y nos retiramos a dormir en la misma escuela, lugar que ocupaba el maestro todos los días; comenzó el baile al terminar “la guitarreada”, y al otro día debíamos estar, para animar la jineteada Ricardo Pino, Carlos Marchesini y yo. El lugar para tal evento era frente mismo a la escuela, nos dijeron que como a las 9 de la mañana nos hiciéramos presentes por el predio a fin de comenzar con la anotación de jinetes, así lo hicimos, y comprobamos que el baile seguía aún con todo entusiasmo como si tal cosa, claro el hombre de la montaña no tiene

muchas fiestas, espera terminar con la “veranada” y se viene, o mejor dicho baja con sus chivitos, para encontrarse luego de varios meses en lo alto; con sus amistades, sus familiares y un poco de música, de baile y alguna cerveza. Ya en el campo de la jineteada, comenzamos la anotación para las “Destrezas Criollas”, carrera de potros, cinchada a verija, boleada del palo y (a esto quería llegar) cómo es o en qué consiste este entretenimiento: se ata un poncho a media altura del palenque, a un metro y medio del suelo aproximadamente, y se procede a bolear el palo. Los anotados para tal evento se encuentran a caballo, boleadora en mano, a unos doscientos metros de distancia, y el animador comienza a dar la voz de largada nombrándolos de a uno, el hombre a toda carrera viene revoleando las “Potreras”, y trata de bolear el palo arriba del poncho. El corredor que consiga que sus bolas queden enredadas en el mismo, pasa a la final, y luego viene el desempate. Por simple curiosidad me acerqué luego al ganador, Don Rainer Villar, (esposo de una de las más viejas tejedoras mapuches del lugar), las boleadoras las había notado “saltarinas”, y el hombre me contó sobre la antigua manera de hacer las boleadoras en la zona, por supuesto transmitida de generación en generación: cortan en pequeños pedacitos cámaras de auto o bicicleta, formando unos buenos montones

con ellas y luego le van colocando sangre de avestruz cuajada, de manera tal de formar una pasta, la que al ser moldeada a gusto por el hombre queda redondeada conformando la bola la que luego forrarán o retoarán como es debido. De esta manera, se aseguran que al arrojarla a las patas del caballo, o del guanaco (en el caso de las tres marías, o al avestruz o al ciervo en el caso de la de dos bolas) difícilmente pierdan el tiro (a decir de Villar) ya que, aunque el tiro no haya sido totalmente preciso, está la posibilidad de que el animal se enrede igual por el salto que dan las bolas confeccionadas con goma, como decíamos. Claro es que no debe ser totalmente “ancestral” este procedimiento, pero, es hombre mayor quien nos daba los datos, y nos hablaba de sus abuelos preparando las “ñanduceras” de esta forma.

Para proseguir con los escritores, viajeros e investigadores que nos hablan sobre las boleadoras, nos resulta grato encontrarnos con Dionisio Schoo Lastra y su libro *El Indio Del Desierto*, describiré casi textual lo que dice sobre el tema que nos ocupa, “...Cuando el indio saltó sobre el caballo, desprendiendo sus plantas del suelo al que habían estado hasta entonces adheridas, llegó a uno de esos momentos trascendentales que dividen dos etapas en la vida de una raza; dispuso de la carne de potro -su alimento preferido -, la caza le fue fácil: venados, gamas, guanacos y avestruces, quedaron a su merced. La

abundancia de pieles proporcionó relativo bienestar a su existencia. La distancia, hasta entonces imposible, se redujo a cuestión de tiempo. Tuvo elemento de transporte para llevar su familia, el toldo que constituía su habitación y pesos considerables a grandes distancias. No hubo para él lugares inaccesibles, con el caballo se lanzó a la llanura, cruzó ríos y torrentes, se internó en las travesías, penetró en la cordillera por los pasos de sur, hacia oriente llegó hasta donde concluía la tierra, y contempló el mar. Tomó posesión plena del desierto y entabló relación con sus semejantes y con los cristianos de las poblaciones. Vio a las mujeres blancas. El caballo a su servicio aumentó considerablemente su capacidad guerrera en las luchas intestinas, y luego, cuando unidos con los hermanos de la raza, se opuso durante el resto de su existencia a los cristianos que avanzaban sobre sus tierras. Constituían sus armas la flecha, la cachiporra, el dardo de madera dura con punta de pedernal aguzado, la bola arrojadiza o perdida de poco más de medio kilo de peso: proyectil en sus manos que lo lanzaba con rara puntería, y las boleadoras, objeto estas últimas de la atención de los conquistadores, desde los comienzos del siglo dieciséis. En sus nuevas condiciones de vida, fue dejando el arco y las flechas, porque su preparación minuciosa le requería demasiado tiempo y maderas difícil de hallar en las nuevas regiones; por la misma

causa disminuyó el uso del dardo y abandonó la cachiporra, molesta para andar con ella a cuestas, reemplazándola con la bola arrojadiza, empleada a veces a manera de maza, sin lanzarla, asida su lonja o manija de nervio en cuya extremidad hizo un nudo al efecto”.

En la palabra del autor que citáramos precedentemente, está puesta en evidencia, la boleadora como arma nativa, sin dejar de lado todo lo que de ella hemos descrito, pero fundamentalmente en manos del indio, la boleadora fue el brazo armado que por sobre todo hizo frente al blanco invasor que buscaba en pelea quedarse con sus mejores “chinitas”, con sus caballos mejores, con sus prendas y en última instancia con sus tierras. Convengamos en honor a la verdad histórica que los primeros malones fueron de los blancos hacia las tolderías del nativo, no como nos han dicho, o como nos han pretendido hacer creer, que el indio era el ladrón que malonqueaba hacia las poblaciones blancas, esto no fue así, y alguna vez tendrá la historia argentina que pedir perdón por tanta matanza inútil, por tanto saqueo, por tantos siglos de explotación y de ultraje para con el hermano de piel cobriza.

El escritor Juan B. Ambrosetti, en su libro *Los Argentinos y su folklore*, nos da su punto de vista sobre los “Choiqueros”¹⁰ dice: “...Cuando salen a las boleadas, llevan en el recado unas caramañolas de lata o botellas de agua, que les sirven más para dar a los perros después de haber corrido, que para ellos mismos, pues tienen una gran resistencia a la sed. Para dar agua a los perros, la vuelcan en la carona de cuero, la que encorvan un poco y allí les dan de tomar. El choiquero pocas veces necesita hacer uso de sus boleadoras, pues casi siempre son sus perros los que agarran los avestruces, alcanzándolos y mordiendo la cabeza¹¹, continúa diciendo Ambrosetti, las boleadoras que usa, son pequeñas y en vez de tener tres bolas como las del yeguarizo, tienen solamente dos, son de plomo o piedra pesada. Comen los alones y la picana (parte posterior del cuerpo) también extraen los tendones de las patas, y los buches para sacar la pepsina¹², la pluma es arreglada en pequeños manojos que atan con los tendones y luego las venden en las pulperías...”

¹⁰ En virtud de que en voz mapuche, se le llama “Choiqué” al ñandú nuestro, a los que salen a bolearlos, se les denomina “Choiqueros”.-

¹¹ Quiero pensar que deberán ser muy bien adiestrados estos perros para tamaña osadía, de morder la cabeza del avestruz, siendo que ésta es infalible en la patada hacia adelante, veloz y mortífera, además con una fuerza tremenda.

¹² No entiendo muy bien qué quiere decir el autor con esto de “sacar el buche”, ya que como sabemos el avestruz no tiene buche, sino que tiene directamente estómago, como otro tipo de animales (no buche

Andan en mi memoria, unas décimas del payador y poeta Saul Huenchul, que como tiene que ver con la invitación que recibe de un amigo para unas boleadas, las expongo a continuación:

*Cuando me dijo le llevo
caballo por si pudiera
dir a correr campo afuera
con nosotros, sin relevo
sentí la alegría que llevo
como un sol en los caminos
imaginé sus vecinos
probando bolas audaces
y soñando bataraces
sobre los campos neuquinos.*

*El sábado bien temprano
los empecé a imaginar
cuando empiezan a trotiar
sobre el pastizal del llano
cada avestrucera a mano
y después de legua y pico*

como las aves), de manera que no compartimos la aseveración en tal sentido.

*abriéndose en abanico
pa' que se echen los "picudos"
y luego como un saludo
sacarlos abriendo el pico.*

*Imaginé atropellada
reboleo de boleadoras
gritos repitiendo ...Ahora...!
mezclado con carcajadas
polvo sobre la callada
tierra de los sentimientos
alones y plumas al viento
gauchos hechaus sobre el tuse
tiros de viaje, y al cruce
gambetas y ojos atentos.*

*Imaginé, sobre el pasto
ñanduces que caen boliaus
y después de despansaus
plumas rozando los bastos
y sobre el paisaje casto
gauchaje el tranco volviendo
algunos de ellos diciendo*

*...Le erré por que salió mal..
o por que entró a un jarillal
justo que lo iba midiendo.*

Fragmento del tema

Carta a Ricardo Tanuz de Saul Huenchul

A poco de comenzar estas anotaciones, o ensayo sobre la boleadora, cito el nombre de Alberto Rex Gonzalez, y digo que en algún momento volveré sobre él, ciertamente deberá ser así, pues el autor nombrado, tiene un libro titulado justamente “La Boleadora” con el auspicio de Cultura Bonaerense. En el mencionado hay datos, fechas, fotos, moldes, etc., en síntesis tanto y tanto material que mucho de ahí deberé citar en adelante.

El autor que ahora nos ocupa en la página 14 de su libro nos dice cómo los indios Walki utilizaban la boleadora como maza para cazar zorros, pumas, etc. (trae el libro ilustraciones en tal sentido), también habla sobre la caza de perros cimarrones y jabalíes con la boleadora como maza, es decir sin soltar la cuerda y de una bola sola como ya lo hemos descrito anteriormente, hasta para cazar focas en la costa, según una carta del Capitán Carterec. Describe luego de todo lo que hemos expuesto, la

forma en que era trabajada la bola arrojadiza o utilizada como maza; tenía mamelones o protuberancias agudas y más o menos salientes del núcleo central de la pieza, estaban trabajadas con uno, dos o tres surcos que se entrecruzan y delimitan las salientes, a veces, dice el autor, sorprende la habilidad técnica desplegada por el indígena al confeccionar las salientes, disponiéndolas de una manera simétrica casi con perfecto acabado. Y en lo expuesto nos hace dudar una vez más sobre la expresión “Bola Perdida”, con un trabajo tan perfecto, y de tanta labor se nos ocurre imposible pensar en un arma para usarla solamente una vez, es por ello que la usó como maza y además cuando debió arrojarla le colocó plumas de avestruz a los efectos de encontrarla luego de ser arrojada; por todo lo expuesto creemos más en la expresión “Bola guacha” nombre muy usado por indios y gauchos en su momento.

Un dato para ser tenido en cuenta, hasta el año 1753 en la Patagonia no existían noticias sobre la boleadora, hay cuidadosas investigaciones sobre ello, y los primeros datos son siempre, sobre la boleadora de una o dos piedras. En cuanto a la boleadora de tres piedras, las que el gaucho llamó “Las Tres Marías”, recién aparecen datos en el siglo dieciocho, en la Provincia de Buenos Aires y en la de Santa Fe, donde según el Padre Paucke la usaban también los indios Mocobíes.

Y a pesar de caer en la reiteración en muchos casos, digamos que, la boleadora se arroja a las patas y a veces a las manos del yeguarizo o del guanaco y en cuanto al avestruz, siempre el tiro es al cogote, como al venado o a la gama.

El autor de la Biblia gaucha, el gran José Hernández en su “Martín Fierro”, nos habla de la boleadora como arma de defensa en manos del indio:

*Pegó un brinco como gato
y me ganó la distancia
aprovechó esa ganancia
como fiera cazadora
desató las boleadoras
y aguantó con vigilancia.*

*Peligro era atropellar
y era peligroso el juír
y mas peligroso seguir
esperando de este modo
pues otros podían venir
y carniarme allí entre todos.*

*Las bolas las manejaba
aquel bruto con destreza*

*las recogía con presteza
y me las volví a largar
haciéndomelas silbar
arriba de mi cabeza.*

*Aquel indio como todos
era cauteloso ayjuma...
ahí me valió la fortuna
de que peliando se apotra
me amenazaba con una
y me largaba con otra.*

*Tampoco yo le daba alce
como deben suponer
se había aumentado mi quehacer
para impedir que el brutázo
le pegara algún bolázo
de rabia a aquella mujer.
La bola en manos del indio
es terrible y muy ligera
hace de ella lo que quiera
saltando como una cabra
mudos, sin decir palabra
peleábamos como fiera.*

En la página 107 de la obra de Dionisio Shoo Lastra, *La lanza Rota*, se habla de una expedición dentro del territorio indio, y para ello marchan a caballo el Teniente Coronel Pablo Vargaz, su hijo Alvarito y un nativo de la tribu de Pincen, que se había hecho amigo de Don Pablo "...divisan en la Pampa inmensa una lejana polvareda, Alvarito, calculando que fueran avestruces, levantó su flete, igual lo hizo el nativo (ambos boleadores de gran prestigio entre los pampas), efectivamente, una manada de avestruces venía a la carrera, asustadas por algún puma quizás, verlas y "mandarles" el flete fue una sola acción; cuando el nativo ve que se aparta sola una avestruz, le larga el flete al cruce y en la embestida también el tiro de bolas, le rozó el cuello al perseguido y esto le hizo perder pie, ahí nomás desató otro par de "ñanduceras" de la cintura y se las arrojó y las prendió directamente en el cuello, el avestruz cayó hecho un revoltijo de plumas, entre el griterío del nativo y Alvarito, que ya se imaginaban saboreando "la picana" a las brazas..."

EL CHIFLE



CHIFLE DE GUAMPA

Para hablar del chifle comencemos por citar el asta (o aspa) del vacuno, cuerno del ganado con que se confeccionaba el mismo. Se tapaba o calzaba su parte hueca con madera y se agujereaba su extremo agudo, a fin de permitir el paso del líquido; este orificio se cerraba con un tapón hecho de la misma asta. Generalmente nuestro gaucho portaba el chifle atado a media espalda, terciado sobre los borrenes del lomillo, o en las acioneras de las estriberas.

Pero yo decía al comienzo que hablaríamos del cuerno del vacuno. Puesto que con él se confeccionaban distintos tipos de utensilios de fabricación casera: chambao, vaso de guampa que se usó mucho, sobre todo en el Litoral, el tropero lo llevaba prendido de una presilla sobre el recado y al cruzar un río o laguna lo dejaba caer para que se llenara de agua asido del tiento con que lo portaba. Y así podía beber sin necesidad de bajar del caballo. El vaso propiamente dicho que fue utilizado en el rancho para tomar agua o té de yuyos o para servir mates. El cuerno de olla (del que poco se habla), llamado así pues cumplía en parte esta misión: se le colocaba agua, un trozo de charqui, un poco de sal, y lo acercaba a las brasas; al hervir se tomaba el caldo, generalmente ante una descompostura de su organismo, para su mujer parturienta, para el bebé, etc.

Para el final, citaré en forma textual la palabra de Assunção: “La guampa sirvió hasta como orinal...”

LAS ESPUELAS



Las espuelas porteñas clásicas eran las llamadas de **rodete** o **nazarenas**. Si recurrimos a la iconografía de la época. Nos encontramos con abundante material en tal sentido: hierro plata forjada, de mayor o menor tamaño, con pihuelo encorvado hacia abajo, con rodaja de grandes púas en número de siete, ocho, nueve, diez o doce; espuela nuestra que asombró a los viajeros de la época (Concolorcorvo, Darwin, MacCann), los que

claman en sus relatos por el cruel uso que algún gaucho hacía de ellas para con el noble bruto.

Los viejos plateros del país rivalizaban en cuanto a los motivos ornamentales de las distintas nazarenas de plata, que llegaban a pesar más de tres kilos y cuya rodaja media llegaba a medir más de trece centímetros de diámetro; prueba de ello es la que se encuentra en el museo de Luján y que perteneció al gran caballero porteño, don Francisco Hernández, donada por su viuda, doña Isabel Conde de Hernández.

Como al pasar citaremos algo que dice en su libro Justo P. Sáenz (h) con respecto a las espuelas que usaban los soldados de Francisco Solano López; eran, dice, de diez púas, cuyas rodajas no medían menos de 20 centímetros de diámetro; tengamos en cuenta que no eran las nazarenas de las que nos ocupamos específicamente y además recordemos que eran de hierro.

La fantasía de algunos nativistas actuales los ha llevado a creer que nuestro gaucho usaba permanentemente las espuelas; así lo notamos a través de algunas representaciones teatrales, en las telas de algunos pintores o en la danza, donde los gauchos están de “espuelas calzadas” delante de los patrones, allegados o de la paisana que lo acompaña; nada más erróneo, porque el gaucho rústico de educación innata consideró siempre una falta de respeto entrar en una casa o rancho con las espuelas puestas,

y menos en el patio de las mismas, o en el baile, etc. Siempre al desmontar, junto al palenque se quitó las espuelas y las colocó debajo del cojinillo, o a los tientos, o sobre el palenque; solamente en algunos casos entró a la pulpería en su alarde de macho haciendo *llorar* sus nazarenas, de poncho, boleadoras a la cintura y rebenque colgado del mango de su facón.

Uno de los hombres más camperos de la historia de la Patria, Don Juan Manuel de Rosas, proclamaba a su gente el constante uso de las espuelas. Decía: "...jamás trajinará los caballos sin espuelas, y el que lo haga, está en un delito..."

La antigüedad de la espuela en nuestro país es extrema, es decir, coincide con la llegada de los primeros jinetes españoles. Don Damián Osorio, vecino de Córdoba, deja en el inventario de sus bienes unas espuelas de rodete que se remontan al año 1578; claro que en un párrafo siguiente leemos "espuelas de acicate, hechas del moro", lo que presumiblemente nos lleve a pensar que se trataría de las del estilo de Berbería, es decir con aguijón en vez de rodete.

El profesor Assunção, en su libro *Pilchas criollas*, es terminante en este sentido cuando dice: "La escuela alemana de la brida o estradiota, desde mediados del siglo dieciséis, cuando menos, usa espuelas con pihuelos y rodajas; todas las primitivas era de espolón, aguijón y acicate.



ALGO SOBRE CULTURA POPULAR

Santiago del Estero (la provincia más antigua del país) sembró a lo largo de distintas comarcas su dialecto quichua. Debido a su extensa población, los santiagueños debieron de emigrar en busca de trabajo a otras provincias; así, por ejemplo, los encontramos cavando tierra para la famosa zanja de Alsina, o en las esquilas del sur, o en las chacras de toda nuestra llanura, arando, trabajando en el pasto, en la yerra, en la juntada del maíz, etc., etc.

Nuestro hombre tomó de él algunos términos que, con el correr del tiempo, pasarían a formar parte de nuestro léxico; a las maleza les llamó, como el quichua, **yuyos**; al gato, **mishi**; al cerdo, **cuchi**, a la mazorca del maíz **choclo**, cuando debió pedir un agregado (o lo necesitó como en el lazo) **yapa**, de la misma manera que se lo pidió al pulpero cuando compró los “vicios”; y cuando fumaba decía con voz quichua, **pitar**, y le llamó a la colilla del cigarrillo **pucho**; o cuando en el rancho se lastimaba algún chico, decía que tenía **nana**; o ante el peligro de quemarse con la llama o el agua caliente, con cariño de madre aconsejó:

“Está tuto”, robando al antiguo dialecto aprendido a sus hermanos de Santiago.

Haga memoria, amigo lector. En su infancia, ante la necesidad de orinar, ¿cómo lo pedía? Pedía **pish**: estaba hablando en quichua sin saberlo. Y a todo lo que acomodó sobre el lomo del caballo le llamó **pilchas**, de la misma manera que le decía **tata** al abuelo o, cuando la helada de agosto tendió su sábana de escarcha por la Pampa inmensa, en lugar de emplear el castellano de sus conquistadores, prefirió, en el comentario de la enorme helada, decir que era **macuca** y al bruto o guarango le dijo **huaso**, y pidió para la parrilla **chinchulín**, y llamó **chuncaco** a la sanguijuela; y en una simbiosis de sentimientos y palabras, en un trueque imaginario de sentires, paisajes y dialectos, terció también la música y la danza nacida en las **chacras** de la provincia de Buenos Aires, la que se bailó en los campamentos montoneros y en los fogones pampeanos, se fue en un arreo siguiendo el rumbo de los santiagueños para no regresar nunca más, pero, eso sí, jamás cambió de nombre y sigue siendo por los tiempos nuestra **chacarera**; se enamoró de la vidala, de las **copeñas**, dejó el chiripá y las botas de potro de la llanura para vestir **colete** y guarda-calzón, ayudó con su canto a madurar la algarroba, anda en las interminables siestas santiagueñas junto al golpe del hacha y, por imitarlo, le puso un bombo al ritmo

primitivo de la bordona con que el gaucho pampeano la hizo nacer. El gaucho recibió en forma oral, por muchos años, lo que actualmente llamamos cultura; sólo que hoy están el diario, las revistas, el cine, la radio, la televisión, que se ocupan diariamente de engrosar nuestro idioma, no, como citáramos, de dialectos nuestros, sino de galicismos, anglicismos y barbarismos, a la vez que, en la mayoría de los casos, nos ofrecen una historia “oficial” que está muy distante de la verdadera, pero que se “recita” a cada instante; de la misma manera que por medio de algunos “promocionados” ballets, se tergiversa la auténtica danza nativa, la vestimenta de nuestros mayores, el sentir de nuestro gaucho, tan sobrio, tan respetuoso, tan hombre en todo el sentido de la palabra. Y ni qué decir de los cantantes que, como hormigas, llegan de todos los países, no para traernos el mensaje auténtico de su tierra, de su paisaje, de su comarca, de su cultura, lo que es digno del intercambio, sino todo lo contrario: lo que más se vende es la cosa burda, sin sentido, lo que viene en busca de la desprevenida juventud nuestra, que acepta, generalmente complacida, todo lo que nos llega del otro lado del mar. En ello tuvo mucho que ver el “gobernante” de turno, mercaderes del sentimiento nacionalista, que en muchos casos, como los teros (al decir de Fierro) “...en un lau pegan los gritos y en otro tienen los güevos...”

Para muestra de lo que decimos citaremos algunos ejemplos. En carta escrita el 20 de setiembre de 1861, Sarmiento le dice al general Mitre: “No economice sangre de gauchos, este es un abono que es preciso hacer útil al país, es lo único de humano que tienen...”

Y pensar que la posteridad recuerda a este hombre como el “maestro de América”; y fue este mismo hombre el que, desde Chile, en su diario *El Progreso*, en noviembre de 1842, pregona la necesidad de que la Patagonia pasara a ser territorio de Chile; y fue este mismo gobernante el que ofreció cien mil patacones por la cabeza de **José Hernández**, el inmortal autor del *Martín Fierro*, por las crudas verdades que en su libro decía. Y la dirigencia política fue también la que envió chasqui urgente hacia Paraná con orden estricta al general Belgrano para que bajara la enseña azul y blanca que había creado, “y que nada representa”, como dice el parte, y que “eleve la enseña española que es digna de nuestro mayor respeto”.

Este parte, firmado por Rivadavia, fue desobedecido por el rubio y alto general de la Patria, que junto al río Pasaje, (desde entonces Río del Juramento) hace flamear la azul y blanca y toma juramento de obediencia a todo su ejército. Lamentablemente, “la historia oficial” nada dice de estos actos; escribieron una historia “color rosa” y se ocuparon de tapar la

verdadera, pero quedaron los documentos de la época, quedaron las cartas... Como siempre se ha dicho, las mentiras dejan rastros y generalmente tienen “patas cortas”.

Palabras quechua que habitualmente hablamos.

Puma (león americano)	Ñaupá (antaño)
Quirquincho (armadillo)	Danza (baile)
Chasqui (correo montado)	Machao (beodo, borracho, ebrio)
Chilicote (grillo)	China (mujer)
Payo (humano de cabello blanco)	Huaso (bruto, guarango)
Cóndor (buitre)	Macuca (enorme, muy grande)
Chinchulín (vísceras)	Chacras (granjas, casa de campo)
Uraco (hoyo)	Catango (escarabajo)

Cancha (estadio)	Cuchi (cerdo)
Choclo (mazorca)	Chiripá (prenda para el frío)
Cachi (perro)	Moto (rabón)
Nana (herida)	Tuto (caliente)
Pisingallo (maíz enano)	Pish (orinar)
Curcuncho (jorobado)	Yapa (agregado)
Yuyo (hierba)	Pilcha (ropa)
Mishi (gato)	

EL CUCHILLO



Dice Assunção en su libro *Pilchas criollas*: "...imaginar a un gaucho sin cuchillo, es más difícil, si cabe, que imaginarlo sin caballo...". En efecto, el cuchillo fue para él, elemento para comer (tenedor, cuchillo, escarbadiante), herramienta para matar y cuerear el animal, arma defensiva y ofensiva, instrumento para trabajar el cuero (lonjear, sacar tientos, repujar, etc.); lo acompañó en las tareas rurales y sirvió en ellas para todo, hasta para hachar los alambrados. En su *Facundo*

Sarmiento dice: "...el cuchillo para el gaucho es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, todo..."

Citaremos algo sobre su origen. Es de vieja herencia europea; andaluza o flamenca fue su cuna, como la mayoría de la vestimenta de nuestro gaucho. Pero hablaremos genéricamente del "cuchillo" pues nuestro hombre también usó por diversos motivos, trabajado en fechas distintas, facón, caronero, daga, verijero, etc.

FACÓN



La voz que designa la palabra **facón** es de origen portugués, *facao*, de ahí que también se le llame al cuchillo o cuchilla con el argentinismo de *faca*.

Es un arma blanca que varía de 30 a 80 centímetros de hoja, con filo y contrafilo, con *ese* en la empuñadura o sin ella. Se diferencia de la daga pues no tiene, como ésta, caladura en su hoja; en cuanto al **caronero**, es también un facón o daga de grandes dimensiones (más de 80 centímetros de hoja) que al igual que el sable de los soldados de la caballería, o el de la

policía, iba entre las caronas, siempre del lado de montar y con el cabo asomando junto a la cruz del caballo.

El **verijero** era y es un cuchillo de hoja pequeña que suplía al facón o al cuchillo en los momentos en que, por su tamaño, éstos resultaban incómodos (castrar, picar tabaco, etc.), adelante con el mango hacia el flanco derecho, me atrevería a decir que el verijero le corresponde más al paisano que al gaucho, y más aún, diría que pasó del **paisano** al **compadríto** en los arrabales del Buenos Aires de otra época, acompañando al hombre en las tareas rurales y sirviéndole también de arma de defensa.

Y permítanme que aquí me detenga para aclarar un poco esto de lo mucho que hemos hablado, pero que aún resulta a veces “mal entendido”; el desprendimiento que sufre el **gaucho** a **paisano** y a **compadríto**. ¿Cuáles fueron las épocas? No se puede ser estrictos, pero encontraremos al gaucho hasta 1854 aproximadamente, para luego verlo convertido en paisano. ¿Por qué esta fecha? Porque en ella llegan los primeros alambrados al país, a los campos del señor Nexton, en la provincia de Buenos Aires; por lo tanto, llega el primer motivo que castraría la libertad total del gaucho: ya tenía un final la **rastrillada**, el vacuno que él desjarretó a campo abierto para comerle los matambres ahora ya tenía marca, tenía dueño; también los yeguarizos; a las viejas pulperías llegaron las primeras

bombachas (vestimenta de la soldadesca turca en la guerra de Crimea); también llegaron la boina, proveniente de los vascos franceses, y las galeras de felpa y los chambergos (que heredan su nombre del conde Armand Frédéric de Shomberg, que adoptó para sus soldados, como parte de la vestimenta, un tipo de sombrero como este, con ala doblada y sujeta a la copa con una presilla y con pluma).

Aparecen luego las primeras alpargatas, elementos que introdujeron los vascos franceses y españoles al Plata; fue un vasco llamado Juan Etchegaray el que las comenzó a fabricar en



CUCHILLO CARONERO

el país, allá por 1870, en la Calle Larga (hoy Montes de Oca) con esparto para suelas traído de España y lonas de Escocia; más tarde las fabricó también en Montevideo.

Lógico es que, con todos estos elementos, también aparezcan las primeras estancias, más luego las primeras chacras, las primeras plantaciones de árboles, etc., y por ende, nuestro hombre, con todos estos motivos que cambian su paisaje, su comarca, su vida, arma su rancho, su nido, como los pájaros, y al igual que ellos también tendrá su compañera; al no vivir constantemente “a caballo”, cambia su vestimenta, la adapta a su medio rural de vida: el calzoncillo cribado, el chiripá, la bota de potro, eran ya incómodas prendas para él, que había aprendido a seguir el surco de la manquera, ordeñar “para las casas”, hacer **adobe**, de manera que usó bombachas y alpargatas; las arboledas fueron levantando sus crestas y poblando de cantos las dilatadas llanuras pampeanas, y por todo esto hasta estaba de más el **panza de burro** y lo cambió por la **boina** para los días de viento, y en vez de **facón** llevó **verijero**, más cómodo y más útil, sobre todo cuando había que capar un animal o sacar un tiento para el lazo; y aquí ya tenemos al **paisano**, al que, como dijimos al comienzo, no lo vamos a “encasillar” en fecha, pero para citar una época determinada, digamos 1854 a 1900, y es aquí, en los comienzos del siglo veinte, donde aparece el compadre o

compadrito, en gran parte desprendimiento de aquellos que citáramos precedentemente.

Nacen en la Gran Aldea los primeros mataderos, los saladeros; la necesidad de “gente de a caballo” se había puesto al orden del día: al aguatero, el tranway, el mateo, el trabajo con la hacienda en los corrales viejos, en fin, la nacencia de la Gran Ciudad, que también como vemos, tuvo como principal protagonista a nuestro hombre.

CORRIDA DE TOROS

Por su derivación esencialmente gauchesca, debemos citar a este entretenimiento como fundamental en algún momento para el hombre de campo argentino; cuenta la historia que uno de los hombres aficionados y defensor de esto era el general San Martín. En Mendoza, a fines de 1816, cuando la apertura de la primera campaña sobre Chile, organizó una reunión de este tipo. Se dispuso un circo vistosamente construido en la plaza principal. La cuadrilla fue completa: capeadores, banderilleros, picadores y espadas, a los que se habían agregado otros oficios netamente argentinos; enlazadores, y los que cabalgaban y soltaban el toro. Uno de los picadores montados fue el teniente de Granaderos a Caballo Juan Lavalle y las espadas del momento, Manuel Nazar, del batallón N° 8, y un tal Santucho, tuvo lucida actuación. El capitán de Granaderos O'Brien saltó el toro engrillado con cintas de seda. Don Juan Apóstol Martínez, teniente de regimiento, montó un toro ensillado completo, y luego de jinetearlo concluyó clavándole el puñal en la nuca y echándole "el dos" salió saludando al público con los brazos en alto.

Uno de los enlazadores vestidos de gaucho era el teniente Isidro Suárez (después héroe de Junín); el meterse en el ruedo de a caballo no era tarea fácil; muchos yeguarizos cayeron muertos por las aspas de los toros y muchos con feas heridas, al igual que los jinetes que los montaban.

Hemos leído que hasta los mismo cabildantes tenían por un deber bajar personalmente a la arena para rejonear al toro, en lo que sin duda sobresalían, pues sabido es que los habitantes de nuestra campaña fueron los primeros jinetes del mundo. Algún documento muy antiguo rescata Salvaire que, refiriéndose a la corrida de toros expresa: “Algunos de los más feroces toros, salían ensillados con un jinete que se burlaba de sus fuerzas, corriendo toda la Plaza sin que pudiera desmontarlo...”

Este tipo de espectáculo quedó prohibido sin previo permiso especial del Jefe de Policía, por decreto del 4 de enero del año 1822, firmado por el gobernador Martín Rodríguez, permitiéndolo siempre que el toro se lidiara descornado.

CORRIDA DE SORTIJAS



CARRERA DE SORTIJAS. MOLINA CAMPOS.

Este juego típico fue introducido por los conquistadores al Plata, y ha perdurado, con muy pocos cambios, hasta nuestros días, de manera que no vale la pena describirlo.

Simplemente diré que me apena un tanto el cambio que se le ha efectuado acortando exageradamente los estribos y corriendo el jinete parado, cuando en realidad en sus comienzos, era lujo del gaucho ir bien montado y, elegantemente, levantar el brazo al llegar al arco en busca de la sortija; el premio que se le otorgaba al ganador venía, generalmente, de las niñas

presentes, de manera que era éste más afectivo que material: en términos generales, se obsequiaban golosinas, flores, besos, etc.

POLCA DE LA SILLA O CARRERA DE LA SILLA

Otro de los juegos típicos de nuestros campos consistía en la reunión de varios hombres a caballo, formando redondel sobre varias sillas, siempre una menos que hombres haya montados a caballo. Al comenzar la música comienza también la carrera alrededor de las sillas; cesa de pronto la música y los hombres deben desmontar y ocupar una de las sillas; siempre el más lerdo queda afuera, y así sucesivamente hasta que queda el ganador o los ganadores que se desea.

Yo he realizado alguna vez este tipo de juego dentro de un espectáculo de jineteada y folclore y le he colocado algunas variantes. Para quienes no lo han presenciado, paso a describirlo, coloco en el campo en fila, a la par, los hombres montados, a los cien metros aproximadamente hago una marca en el piso con cal; en esta marca los hombres deben frenar la carrera y desmontar, y llevando del cabestro al caballo deben sentarse en las sillas que distan veinte metros de ese lugar. Se imagina, amigo, que cada uno trata de apurar el “cabestreo” del montado, que dentro de tanto barullo no sabe qué hacer, lo que provoca la algarabía del público asistente.

CARRERA DE CABALLOS



CARRERA. MOLINA CAMPOS.

Habrán notado que digo **carrera** y no **cuadrera** ya que esta palabra no se usó nunca antes de 1890, hasta esa fecha se le conocía como citáramos precedentemente.

José Espinoza menciona este entretenimiento campero en el año 1789 en la ciudad de Córdoba. Todos los datos recabados nos dan la seguridad de que se corría por parejas, de ahí la palabra **parejero** para nombrar al animal que competía. Con el correr del tiempo vino la **poya**, **mochila** o **penca**, como le

llamaban en el Uruguay y Entre ríos; es así como se le denomina cuando en la carrera intervienen tres o más caballos.

Se conoce un reglamento de **cuadreras** que confeccionara la Sociedad Rural Argentina y que avalara el gobernador de la Provincia de Buenos Aires don Emilio Castro, con fecha 28 de junio de 1870. Creo que aún está en vigencia. No me detendré a explicar cómo es o cómo se corre actualmente una cuadrera, puesto que, quién más, quién menos, habrán visto correr o escuchado algo de ella; me parece, en cambio, importante aclarar cómo eran primitivamente las carreras de caballos, ya que a esto apunta nuestro comentario.

Se corría a grandes distancias, una legua aproximadamente. No necesariamente debía medirse la distancia, se decía: “De acá hasta el ombú aquel” o “Hasta la pulpería de fulano”, y así se corría en medio de vizcacheras, guadales, cardales o lo que fuera. Además, todo lo que pudiera molestar al contrincante era válido, de la cintura para abajo; no se permitía usar las manos para tocar al otro, pero con las piernas todo podía ser: empujarlo, asustarle el animal, frenarlo, etc. Por eso es que con el reglamento apareció también el **andarivel**, un hilo que separa ambos caballos y que, por lógica, impide todo lo que anteriormente citáramos.

Por último digamos que en las antiguas carreras de caballos, ante el caso de una rodada (cosa muy frecuente en campo abierto), si el que rodaba venía atrás perdía la carrera, si venía adelante, se anulaba la carrera y se volvía a correr; sobre esto había un entendimiento mutuo en aquella época.

CARRUAJES DE CABALLOS



Nos limitaremos a mencionar los más conocidos o, si usted prefiere, los más mencionados. Así, por ejemplo, tenemos a la **americana**, coche liviano de cuatro ruedas; puede tener varas o lanza, y llevar capota o no, según el uso y deseo del dueño; las ruedas delanteras son bajas y pueden girar en redondo, las traseras tienen mayor diámetro.

La **berlina** es un vehículo de lanza y cuatro ruedas, pescante elevado para el conductor y caja cerrada para los pasajeros, con

puertas laterales; fue muy usado para acompañamiento en los entierros hasta hace no mucho tiempo.

El **breke**, también de lanza y cuatro ruedas, las delanteras más pequeñas y giran en redondo; el pescante para el conductor va a la misma altura de los pasajeros y estos se acomodan en dos asientos laterales que se miran entre sí. Se asciende por una pequeña puerta trasera. Se le podía atar dos o cuatro caballos.

La **carreta** tenía lanza o pértigo y dos grandes ruedas altas y de anchas llantas. Por lo general carecía de elásticos y era tirada por bueyes. Por ser sumamente conocida, sobre todo por la gran iconografía que hay de ella, no me extenderé demasiado en describirla.

El **charret** podríamos decir, un poco con sorna, que es un sulki grande o una jardinera chica. Puede transportar hasta 300 kg. Tiene dos ruedas con varas y se le ata solamente un caballo; si hay caminos pesados, se le suele agregar un ladero o un cadenero.

La **chata**: hablemos de la de cajón. Tiene cuatro ruedas, dos más pequeñas adelante, de giro completo, y dos grandes atrás; el pescante va, generalmente, arriba del varal. Se le atan entre seis y once caballos, o más, con cadenero, sobrecadenero y laderos. Lleva barandas altas para permitir la carga de bolsas, las que iban magistralmente acomodadas en la caja (trabadas entre sí) y

además sobresalían tres o cuatro filas sobre el alete de la baranda.

La **chata playa**, al igual que la anterior, es elemento de transporte, sólo que, al no tener baranda, tenía menor capacidad de carga. Las ruedas traseras eran generalmente de mayor tamaño que las delanteras. Se usó en la chacra o en la estancia para muchas tareas: acarrear bolsas, traer leña, sacar el maíz del rastrojo, caso este en que se le adosaba el **aparato cargador**, elemento que consistía en un palo de cuatro o cinco metros de alto, aplicado al saliente del eje de atrás y asegurado al borde del piso de la chata, del que pendía una roldana y por ella un lazo o cadena con el **doble aro de hierro** para levantar las bolsas llenas de maíz en forma vertical, ya que éstas (las norteras) se dejaban abiertas y con **corona**, vale decir, debían ser levantadas sin inclinarse en lo más mínimo, para no volcar el maíz. El aparato cargador se tiraba por medio de un caballo a la cincha, manejado por un **boyerito** (¡si lo habremos hecho!...)

La **diligencia**: este carruaje estaba destinado al transporte de pasajeros y correspondencia. Tenía cuatro ruedas, las delanteras más pequeñas y de giro redondo; se le ataban cinco caballos (dos tronqueros y tres cadeneros) y, si el camino era pesado, llevaba cuarteadores delante de los cadeneros; a éstos, para mayor seguridad, los dirigía un hombre a caballo. El conductor viajaba



en el pescante y a la altura del techo y aislado de los pasajeros; estos subían por puertas laterales. En nuestro país existían Líneas o Mensajerías que realizaban grandes viajes, cambiando caballos en las postas y sorteando todo tipo de obstáculos: animales, indiada, mal tiempo, pantanos, etc.

El **sulky**, carruaje muy usado en la campaña, donde aún se utiliza, de dos ruedas muy altas, varas y pescante con asiento que ocupa todo el ancho del vehículo, debajo del cual lleva un cajón para guardar o transportar los vícios, encargues, etc. Se sube mediante dos estribos de hierro colocados a ambos lados del pescante.

El **tilbury** es muy parecido al sulky sólo que está prácticamente en desuso. Tiene las ruedas más altas y por lo general lleva capota. Tiene también las varas más largas y, al igual que al sulky, se le ata un solo caballo.

La **victoria**, coche que se empleó en las ciudades para el transporte de pasajeros, tiene dos ruedas pequeñas delante de giro redondo y dos de mayor tamaño atrás; el conductor viaja en el pescante aislado de los pasajeros, y éstos atrás, en un asiento para tres personas y un transportín de subir y bajar frente a ellos; una capota impermeable negra protegía a los pasajeros; tenía varas y llevaba un solo caballo. Se lo conoce normalmente con el nombre de **mateo** y así en algunos lugares como Luján lo usan para pasear a los niños.

Hago la salvedad de que hay muchos otros carruajes que no cito aquí, por lo mismo que dije al principio, hay una tremenda variedad de carros que el hombre adaptó a su necesidad o circunstancia, como el de **troja** o el **aguatero**, **castilla**, **colono**, **pertiguero**, **leñero**. De esta misma manera, quedan la **galera**, el **haipas**, el **vagón**, la **jardinera**, la **casilla**, etc., etc.

ESCUELAS DE EQUITACIÓN

¿Hemos pensado alguna vez, amigo lector, por qué cabalgamos de la manera que lo hacemos? O, dicho de otra forma, ¿Quién nos enseñó a ensillar?, ¿Y a andar a caballo? Nuestro antecesor, el dueño de la tierra que pisamos, nuestro hermano indio, montaba en pelo, sin freno, sin rebenque. Trataré de dar una modesta explicación a esto, basándome en el libro "*Pilchas Criollas*" de Assunção.

Los conquistadores españoles trajeron a estas tierras las dos escuelas de equitación que se usaban en la Península y en toda Europa, con sus correspondientes atalajes. Las escuelas eran: la **Jineta** originada en la caballería ligera árabe, cuyos integrantes eran denominados **xenetes**; y la otra, proveniente de la Europa Central, de la **Brida** o **Estradiota**. Las características principales de ambas podemos definir las someramente, de la siguiente manera: la escuela de Jineta o xeneta tenía silla de montar con arzones muy levantados, especialmente el pomo delantero, lo que hacía que el hombre quedara encajado prácticamente en ella, estribada muy corta y estribo chico, freno muy fuerte y

riendas tomadas con una sola mano y muy levantadas, espuelas de pico de ave o púa.

La escuela de Brida no muestra gran diferencia en cuanto a las características de la silla, aunque tiene los arzones algo más bajos, pero en realidad es muy poca cosa; usa, eso sí, la estribada larga (como nuestros paisanos actuales), un estribo más ancho, de arco, freno liviano articulado, la mano de la rienda más baja y cuatro riendas (dos en cada mano).

Creo que nunca los escritores costumbristas se han puesto de acuerdo en cuanto a qué características tomó el gaucho para su forma de ensillar y andar a caballo; el profesor Assunção dice que ninguna de las dos, otros, la mayoría, la dan como herencia árabe, es decir, la escuela de Jineta.

Pero analicemos un poco. El área del gaucho, gauderio o indio, es decir, el territorio del Plata, tierra de llanuras, cuchillas, quebradas traicioneras; con vizcacheras, cuevas de mulitas y peludos, trampas peligrosas y hasta mortales por una rodada; si a todo ello le agregamos la boleadora, arma infalible en las manos del indio (y luego del gaucho), nos parece hasta ridículo que el gaucho se sentara a caballo prácticamente “encajonado”, así era el clásico apero de las dos escuelas, tanto de la Brida como de la de Jineta, que nos trajeron de afuera. Tampoco, por lógica, podía estribar corto, si, como hemos

dicho, estaba propenso a la rodada constantemente. Descartada, pues, la escuela de Jineta, de origen árabe por los motivos expuestos, nos queda analizar la escuela de Brida (europea). También en ésta, como ya citáramos precedentemente, está el apero de arzones altos; usa cuatro riendas. Nada de esto servía a nuestro hombre, pero algo quedará, los europeos estribaban largo y tenían estribo de **corona**, antecesores de los nuestros que llamamos de **campana**, y las grandes espuelas de rodajas, herencia esta de los caballeros alemanes que llegaron a nosotros para la conquista del Plata.

Pero... ¿Y entonces de dónde toma nuestro gaucho su manera de ensillar y de andar a caballo?...Ya dijimos que aún los estudiosos en la materia no se han puesto de acuerdo en un todo; por mi parte pienso que el andar trashumante de nuestro gaucho, el reserear o simplemente cabalgar leguas y leguas sin encontrar poblado alguno, le obligó a llevar consigo su cama y los elementos más necesarios (pava, mate, chifle, poncho, matras, charquí, etc.), de manera que al recado le cortó los dos arzones, delantero y trasero, y lo hizo **lomillo** en virtud de que debía dormir sobre los elementos con que montaba, se preocupó para que el animal no le “sudara” las prendas y colocó entonces sobre el lomo del caballo un cuero de oveja esquilado, una matra

en desuso u otra prenda como **sudadera**; sobre ella dos mantas, como blandura para el montado y **cobijas** para acampar.

Para cubrir el desgaste de las mantas, colocó sobre ellas un trozo de cuero de vacuno o yeguarizo, más luego de suela, con dibujos a veces, a lo que llamó **carona** y después **carona de suela**, por el elemento que se usó para tal fin. Sobre todo lo antedicho iba el **lomillo** o **recado**, el que sería ajustado por medio de la cincha y al que le debía atar los estribos; estos eran muy pequeños, ya que tenía que colocar solamente la punta del pie.

Hemos dejado de lado el estribo de **pichico** o el de **botón** de estribar entre los dedos por pertenecer a otra época, no a la que específicamente queremos citar aquí.

Cubriendo el recado total iba un cuero de oveja lavado, a veces teñido de azul, según iconografía de la época, el que hacía las veces de blandura para el lomillo o para dormir; a este elemento se le llamó indistintamente **cojín**, **pellón** o **cojinillo**. Sobre él, un cuerito sobado de carpincho, vaca o puma, el que, sujetado por un pegual, llevó el nombre de **sobrepuesto**.

Me parece oportuno agregar otros elementos que llevaba el gaucho en el recado. Sobre el lado derecho y adosada a la argolla de la cincha iba otra argolla más pequeña, destinada a sostener o fijar la extremidad del lazo; se llamó **asidera** o **sidera**. También agregó en la parte posterior del lomillo algunas correítas o

tientos que le permitían atar sobre él y portar elementos como la lanza (cuando no la usaba), el **charqui**, algún peludo pillado al pasar, etc.

En el pescuezo del animal va el **fiador**, un gran anillo de cuero que sirve para colgar las maneas en el viaje y para sujetar el animal por medio del **cabresto** o atador, en los altos que se suelen hacer en medio de los campos. El lector amigo dirá: si en la época que nos ocupa prácticamente no había árboles en la pampa, ¿dónde ataba el caballo? El ingenio de nuestro hombre creó el **palenque pampa**. Consistía éste en atar un hueso en la punta del cabresto o a falta de él, hacer un gran nudo y enterrarlo cavando un pocito con un cuchillo; si el caballo tiraba, al hacerlo en forma horizontal difícilmente podía soltarse; en cambio a mano de hombre, es decir, tirando en forma vertical, salía fácilmente.

Otro elemento de uso corriente era la **manea** (ya la hemos citado en su oportunidad), generalmente la de **seno**, que sujetaba las dos manos o las dos patas del animal de manera tal que quedara relativamente libre y pudiera pastar sin alejarse demasiado.

En la época de los virreyes ya andaba cruzando la dilatada llanura el **mercachifle**, a veces europeo, en la mayoría de los

casos turco, árabe, etc., ellos maneaban el caballo con una manea de hierro a la que se dio en llamar **manea de pigüela**, por la similitud con los grillos con los que aprisionaban a los presos condenados a la frontera en alguna época de nuestro país. ¿Por qué la manea de hierro? Para asegurar el montado durante el sueño, de los amantes de lo ajeno, que siempre los hubo y que, amparados por la noche y enamorados del buen pingo, podían dejar de a pie a quien fuera; además, con la cantidad de zorros que poblaban la llanura, era muy fácil que “las de cuero” desaparecieran en cualquier descuido; otro motivo, la gran cantidad de felinos que deambulaban por nuestro territorio y a los que el caballo tenía terror; de ahí que, debido al dolor que le causaba el hierro en los remos, el animal no hacía demasiado esfuerzo por *disparar*.

EL RECADO

Si está suficientemente comprobado que en el siglo XV los caballeros españoles no usaban otra silla de montar que las llamadas de **Brida** o de **Jineta** (de las que nos hemos ocupado), cuyo descendiente directo es la montura mexicana, de pomo saliente y alto fuste trasero: si ella dio origen al **lomillo** nuestro, ¿cómo aparece con el correr de los años el recado en el hombre de la llanura? Como siempre, debemos “rastrear” algunos datos. El gran escritor costumbrista Justo P Sáenz (h), al descartar la paternidad de los españoles en este sentido, descarta en parte también a los moros, puesto que también sabemos (y lo hemos citado en algún momento) que los **moros** usaban la escuela de **Jineta**. Pero...siempre hay algún pero...el poeta y escritor Leopoldo Lugones da como etimología de la palabra **recado** el vocablo árabe **rekab** y es esta una observación digna de tener en cuenta. Algo más señala Lugones, dice que si bien los caballeros españoles, hombres de armas, etc., usaban las escuelas ya citadas, no significa ello que, al arribar a estas tierras en compañía de sus sirvientes, caballerizos, escuderos, etc., éstos, sujetos a su condición social, habrían utilizado en España para

cabalgar otro elemento, como podría ser el recado que consideramos tan típicamente nuestro. No hay iconografía suficiente para definir una u otra cosa, lo cierto es que el escritor mencionado cita la obra de Janini, *Selección de estudios de cría caballar*, donde aparece una jaca gallega ensillada al estilo de Valencia con un atalaje de prendas que muy poco difiere de nuestro recado; claro que, al no saber pieza por pieza cómo está compuesto tampoco se puede asegurar que debajo del cojinillo (muy amplio) esté realmente nuestro clásico basto porteño.

Pero hay algo más. El pintor costumbrista Pridiliano Pueyrredón, en el año 1861, reproduce en un cuadro titulado *El rodeo* a un gaucho de cabeza atada con pañuelo vincha, apretando la cincha sobre unos bastos partidos como los actuales. Y más todavía: don Juan Aguirre dice en sus *Costumbres de las pampas de Buenos Aires* que ha visto “montar a algunos indios con bastos pobres de juncos” (yo quiero pensar que serían como los que conocimos como de **laderos** en las chatas). Y conviene citar aquí, por último, a Don Manuel Lezama, conocido estanciero del Rincón de López, que al escribirle al señor Solanet, con referencia al motivo que nos ocupa, decía: “A los actuales bastos partidos los he visto usar en los laderos de las galeras, en los cargueros de tropillas o de tiro, nunca para montar hasta el año 1870, en que empiezan a usarlo

los gringos y posteriormente los criollos, que solían partir por el medio los lomillos, y así “dobles” los unían con sogas formando el basto partido”.

EL MATE



La planta de la yerba mate (*Ilex Paraguaiensis*) pertenece a la especie de las “siempre verdes” (tiene hojas perennes). El árbol es bastante parecido al *laurel* o al que en nuestra zona llamamos *lila*: es de tronco gris con un diámetro aproximado de 30 a 40 centímetros; su altura varía de 2 a 6 metros, aunque las plantas en estado salvaje o sin podar pueden llegar a los 10 metros.

Nace la planta del mate, desde lejanos tiempos precolombinos, en zonas boscosas, subtropicales y templadas, en tierras rojas y altas, hasta unos 400 metros sobre el nivel del

mar. Entre ellas podemos citar al Chaco (boliviano, paraguayo y argentino), toda la República del Paraguay, Misiones, gran parte de Brasil y algunos departamentos del Uruguay. Las raíces de la planta alcanzan un desarrollo, en profundidad y volumen equivalente al árbol en altura y volumen. Lo que explica la longevidad de los mismos, cuyo periodo de producción llega fácilmente a los ciento cincuenta años.

La recolección comienza cuando la planta tiene de cuatro a cinco años de edad y dos metros de altura; consiste en quitarle las ramas, con lo que se aprovechan las hojas y los ranúnculos. Antes de llegar al consumidor, la yerba es sometida a dos ciclos de preparación: *canchado o canchamiento o elaboración*. La primera operación, llamada *chamuscada o sapecada*, tiene por objeto hacer que las hojas pierdan por completo su humedad y se fije la clorofila; con ello toman un aroma característico y un agradable y parejo color verde amarillento. El tostado, en nuestro país, se hace por el sistema de *barbacuá*, calor por cañerías por bajo del depósito: esto es un empalizada alta con techo a dos aguas y abierto en su perímetro; dentro, y sobre un emparrillado de cañas o tientos, se coloca la pila de yerba formando bóveda por medio de una cañería por donde pasa el calor por debajo. La *elaboración* (el otro ciclo) se efectúa en modernos molinos yerbateros y con un complicado proceso de industrialización.

Y ahora, amigo lector, un poco de la historia de la yerba mate.

Después de fundar el pueblo de la Asunción, muere en una expedición Ayolas y queda al mando de la misma un vasco, tremendo por sus dotes guerreras, diplomáticas y hasta sexuales, don Domingo Martínez de Irala. ¿Por qué decimos esto? Porque este buen señor tuvo reiteradas bodas con las hijas de los caciques guaraníes; a su vez, “regalaba” a cada hombre de guerra varias muchachitas para ir formando lo que él llamó *El paraíso de Mahoma*.

Fue largo y personalista el gobierno de Irala; toda vez que algún oficial de su tropa armaba un motín para sacarlo del poder, con su bien montado servicio de espionaje, lo descubría, y el jefe de los “revoltosos”, era condenado a muerte, al que luego indultaba con la condición de que debía casarse con alguna de sus hijas, que, por sus reiteradas bodas, eran varias; con ello lograba acentuar su poder, convertir a sus enemigos en yernos, y casar a sus hijas con hidalgos, lo que extendía la sangre conquistadora sobre la mestiza y, por supuesto, prolongaba su reinado.

Me atrevería a decir, parafraseando a Assunção, que a este señor Irala se le debe en gran parte la difusión y el uso de la yerba mate en América. En su viaje a lo que actualmente es el

estado brasileño, en el año 1554, aprende de los indígenas el uso de la yerba mate, ellos bebían con calabazas naturales y canutos de caña, lógicamente fría, la infusión de hojas de un árbol que llamaban *caá*, las que a veces simplemente masticaban. Según ellos, su dios *Tupá* les había concedido ese árbol como don de salud y vigor a sus tribus. Enterados de ello, los españoles pudieron comprobar que algo había de cierto, pues en las agotadoras marchas a través de la selva la renombrada hierba les aliviaba el cansancio; de ahí que decidieron, a su regreso a Asunción, llevar buena cantidad de hojas tostadas (sapecadas), de manera tal que la soldadesca, los mestizos, criollos pobres e indiada, comenzaron a consumir la hierba de *Tupá*.

En el año 1600 hay una carta dirigida al Rey donde le señalaban que en Asunción se estaban utilizando 345 kg. de yerba por persona al año, lo que significa casi un kilogramo por persona por día, ello motivó al consejo que, para evitar males mayores, se tomaran medidas para combatir tal abuso. De más está decir que todo fue inútil y se extendió por todo el Virreinato del Perú en forma creciente. También la Iglesia tomó parte en el asunto y prohibió la infusión de “esa cosa del demonio” en toda la Asunción. El resultado fue desastroso: los pobres dejaron de acercarse a la Iglesia y los ricos consiguieron licencia para tomarla por “prescripción médica”. No faltó el

fraile que acusó al brebaje de “afrodisíaco”; no previó que, dado el clima reinante, esta opinión tendría efecto contrario, y en Asunción se aumentó el consumo. Pero también el mayor consumo hizo que fuera su mayor enemigo, ya que provocó una tremenda explotación del indio en los yerbatales.

El indio era explotado en todo orden, en todos los trabajos, sólo que éste fue brutal, abrieron caminos regados con sudor y sangre que luego fueron abonados con sus osamentas, para que los *encomenderos* se enriquecieran y Asunción creciera en importancia.

Sobre fines del siglo XVI y comienzos del XVII, llega a estas tierras don Francisco de Alfaro, enviado especial del rey Felipe III, para comprobar el estado calamitoso de Asunción y la zona. Su presencia logró reducir en parte la explotación del indio en los yerbatales, pero fue Hernando Arias de Saavedra, en tiempos de su primer gobierno, el que vio morir esclavizados y martirizados, consumidos por el hambre, la fiebre y los castigos corporales, a cientos de indios, y descubrió, en la borda del barco que lo conducía a Buenos Aires (ciudad que había vuelto a fundar Garay en 1580) unos sacos de yerba que llevaban a ésta, indios de su embarcación para comercializarla. Ni bien desembarcado, Hernandarias ordenó que las bolsas de yerba fueran quemadas públicamente en la Plaza, la yerba era para él

la culpable y la destrucción y muerte de los indios guaraníes en las lejanas selvas que él viera. El primer gobernador gaucho murió con este error.

En la Iglesia, la que, con el correr de los años vuelve a ocuparse de la yerba mate, pero esta vez, rompiendo con todos los prejuicios, apoya la infusión de la misma para todos los estratos sociales; pobres y ricos, ranchos y palacios, se abrieron para recibir los beneficios de la bebida del *Tupá*. ¿Qué fue lo que provocó tal cambio? Parece que la Iglesia con algunos de sus ministros, pasó a encargarse de los yerbatales del Alto Paraná, y por lógica apoyó la infusión. La fundación de las Misiones Orientales del Uruguay por parte de sacerdotes jesuitas cambió en gran parte el panorama social, político y económico de las colonias españolas y portuguesas y, por ende, la explotación, comercio y consumo de la yerba mate.

Las Misiones jesuíticas se conquistaron el afecto de los nativos, ya que, al margen de darles buen trato, se les otorgaba seguridad y comodidad (siempre con un orden) y además buena comida, sobre todo carne vacuna y yerba; sí, porque los sacerdotes comprendieron que había que “cristianar” el mate, pues era imposible quitarlo de la arraigada costumbre del nativo, y aquella infusión que fuera considerada pagana y hasta diabólica pasó a ser entregada a los indios, no por *Tupá*, como la

conocimos, sino por Dios, el Dios de los cristianos. Y al ser los jesuitas verdaderos pioneros de plantación y explotación de la yerba mate, fueron lógicamente exaltados propagandistas de esta antigua bebida, a la que alguna vez ellos mismos habían prohibido. A su vez, se preocuparon en todo sentido para que los indios tuvieran al alcance de la mano la infusión recomendada y colocaron plantaciones de yerba alrededor de las reducciones; de esta manera, el indio no tenía siquiera que recurrir al bosque para buscar la planta.

Pero hablemos un poco del recipiente con que se tomaba la clásica infusión, conocido por mate. Este nombre proviene del quichua *mati*, que significa vaso, recipiente, etc. Otro nombre con que también se le conocía era *poro* o *porango*, según el tamaño, que es castellanización de la palabra quechua *puru* (calabaza).

Cuentan los entendidos en el tema que se han encontrado diversos tipos de calabazas o mates enterrados en antiguas viviendas del período prehispánico, sobre todo en el norte argentino; dicen que antes del inca ya se utilizaban calabazas para uso doméstico y funerario, y de ahí los hallazgos.



Pero, para no extendernos en el tema, digamos que, como el aspa para el gaicho, la calabaza, en los tiempos que citamos, se utilizó hasta para sonajero de las *guagas*, y como cuchara, recipiente, etc. Con el correr de los tiempos, recibe la herencia de la antigua artesanía en mates, los que también se utilizaron para tomar el té.

Hasta que en tiempos de la colonia, con el advenimiento de los primeros plateros llegados al **Río de la plata** (agregados de la Iglesia para fabricar o restaurar elementos de culto), se fue colocando plata a los clásicos mates o calabazas que se utilizaban en la ciudad y en el campo, y por ende también a la bombilla, y, como todo cambia, en algunos casos se reemplazó la clásica calabaza por elementos de madera dura, cerámicos, etc.

Al margen de todo lo que hemos hablado sobre el mate, uno de los usos que no quiero olvidar es el de *mensajero*. Sí, amigo lector, en las dilatadas llanuras de otras épocas, el mate cebado por manos paisanas llevó consigo un mensaje de amistad, indiferencia, ternura, etc. Es que nuestro inseparable compañero tuvo su íntimo lenguaje, el que conocían muy bien nuestro hombre y nuestra mujer de aquellos tiempos, lenguaje que pasaré a describir.

Mate **amargo**: Indiferencia.

Mate **dulce**: Amistad.

Mate **muy dulce**: “Hablá con mis padres”.

Mate **frío**: Desprecio.

Mate con **toronjil**: Disgusto.

Mate con **canela**: “Ocupas mis pensamientos”

Mate con **azúcar quemada**: Simpatía.

Mate con **cáscara de naranja**: “Ven a buscarme”

Mate con **café**: Ofensa perdonada.

Mate con **leche**: Estima.

Mate **lavado**: Rechazo.

Mate con **cedrón**: Consentimiento.

Mate **tapado**: Rechazo.

Ahora, un consejo: cuando *arme el mate*, es decir, cuando le coloque yerba, hágalo siempre sin la bombilla; coloque en el mate la yerba, póngale agua caliente, deje remojar bien la yerba y en ese momento recién coloque la bombilla en la posición correcta. Recuerde que ya no deberá mover más la bombilla; si lo hace, el mate se le lavará en forma inmediata. Para

contrarrestar el agrio de nuestras yerbas, que últimamente viene tan malas (no porque los yerbatales hayan cambiado, sino porque lo que viene dentro del paquete el 20% de yerba mate), coloque una pizquita de yuyo medicinal (poleo, cedrón, menta, yerbabuena, peperina, boldo, etc.) y logrará suavizar el mate. Nunca, por ningún motivo, le ponga azúcar dentro del mate, cuando le agrade tomar “dulces”, póngale miel, o, en su defecto coloque el azúcar dentro de la pava, de esta manera podrá tomar mates parejos y sanos, puesto que el azúcar, al hacer contacto con la yerba, se vuelve nocivo para nuestra salud. (El famoso profesor de medicina B. Villalobos Acosta me autorizó a difundir esto). El mate amargo (*cimarrón*) es el menos perjudicial, y si en algo le molesta a su organismo, agréguele algún “yuyito” y siga tomando mate; siempre le resultará menos irritante que el café.

En el verano no deje de probar (si no lo ha hecho) el *tereré*, tan clásico en los primitivos habitantes del Río de la Plata. Otro consejo para él, haga hervir en la pava, con muy poco agua, una cucharada de la hierba medicinal que más le agrade al paladar, déjela que repose cinco minutos con la tapa puesta, y luego le agrega agua a gusto y varios cubitos; cuando esté bien frío, comience a cebar como si fuera con agua caliente. Tome todo lo que quiera, comprobará que no le causa ningún trastorno,

puesto que la yerba, al no quemarse con el agua, se torna sumamente suave. Yo tuve oportunidad de probarlo en la costa paraguayo-brasileña; ahí prácticamente no se conocen nuestros mates con agua caliente; toman durante todo el día **tereré**. Ellos le ponen sus yuyos medicinales, que al igual que nosotros los tienen, y buenos.

PELAJES DE YEGUARIZOS

Tal vez uno de los temas más controvertidos de nuestro ambiente rural, puesto que, en general nuestra gente habla constantemente de él y en algunas ocasiones, no con la debida propiedad. Un ejemplo: en un campo donde hay caballos, el dueño, el capataz o encargado, nombra a tal o cual animal por el pelaje o por alguna seña particular (el gateau anca mora); por añadidura, su familia, los allegados al campo de este señor, seguirán nombrando al mencionado animal de la forma que lo escucharon llamar, y por lógica, a todo animal que se parezca a aquél, lo describirán de esta manera. Ahora bien, ¿qué pasaría, con el correr del tiempo, si a esa gente que vivió años con la convicción de que esa es la verdad, es decir que están acertados por herencia familiar referente a lo que al pelaje se trata, se le demuestra que los han informado mal? ¿Cómo hacer de “juez” ante un hombre “viejo en el campo” sobre la verdad de los pelajes o pelos en los yeguarizos? De todas maneras, por mis largos años en esto, me atrevo a ofrecer al amigo lector *mi verdad* en tal sentido.

Comenzaremos por el principio. ¿A qué llamamos pelaje? Pelaje es la capa total que cubre al animal, o sea al conjunto de su cuerpo. No son muchos los pelajes, como tampoco son muchos los colores que lo forman:

Alazán	Blanco
Bayo	Cebruno
Colorado	Doradillo
Gateado	Lobuno
Moro	Oscuro
Overo	Rosillo
Tobiano	Tordillo
Zaino	



ALAZÁN



BLANCO



BAYO

Y surge inmediatamente la pregunta que nos tenemos que hacer para darle un tratamiento verídico a este tema... ¿Cuáles son los colores de pelo que conforman los pelajes y particularidades o señas particulares en los yeguarizos? Son cuatro solamente, con cuatro colores se forman todos los pelajes o pelos de nuestros queridos amigos, los caballos. Son ellos

Negro	Blanco
Colorado	Amarillo

Con estos cuatro colores de pelo conformaremos todos los pelajes, pelos, señas particulares o como se le ocurra denominar el aspecto cromo-hipológico del que nos ocuparemos.

Ya tenemos algo, hablemos de las señas particulares, cuyos nombres obedecen a detalles existentes en alguna parte del cuerpo del yeguarizo.

Atigrado o barcino	Bragado
Aporotado	Chorreado
Dorado	Fajado
Entrepelado	Lunarejo
Lagarto	Mosqueado
Porcelano	Pangaré

Paleta overa o lomo overo**Ruano****Rodado****Sabino****Tiznado****Vandeado****Rabicano****Raya de mula****Salpicado****Nevado****Tapado****Yaguané**

Vamos a describir ahora el significado de las señas particulares que acabamos de detallar.

Atigrado o barcino: Se da en muy pocos animales (puede ser en los gateados) son rayas transversales como las del tigre y es por ello que nuestro indio le llamó **atigrado**; en nuestros paisanos es más común llamarlo **barcino**.

Bragado: Se le llama de esta manera al yeguarizo que tiene decoloración clara en las bragas o entrepiernas; alguien ha dicho por ahí que son manchas blancas y no es esto lo correcto. **Reitero:** es un color como el de paja seca en las bragas que generalmente aparece en los colorados, zainos y doradillos aunque también puede darse en otros pelos como el gateado, etc.

Aporotado: Manchas de tamaño y forma aproximados a porotos. Se da casi siempre en los tordillos.

Chorreado: El animal que tiene manchas, en cualquier lugar del cuerpo, semejantes a las que deja un líquido al volcarse; es como si se le hubiera chorreado un líquido por el cuerpo.

Dorado: es como un reflejo de sol en algún lugar del cuerpo. Se da generalmente en los parejeros o en los animales cuidados; se lo ve más en los alazanes o bayos.

Fajado: Así se llama el animal de cualquier pelaje que tenga una faja blanca (mancha alargada blanca) en los costillares.

Entrepelado: Se lo puede definir como el caballo de color indefinido; es decir, tiene mezcla de varios pelos, sin que ninguno resalte. Permítame el amigo lector una humorada; es la salvación de los “chambones”, puesto que cuando se encuentran medio “apurados” para poder definir un pelaje, dicen: “Es entrepelado”, y salvado el hombre.

Lunarejo: Es el animal que sobre cualquier pelaje presenta lunares redondos y no muy grandes en alguna parte del cuerpo.

Lagarto: Así es llamado el caballo que tiene varias manchitas blancas en el bajo pecho o detrás del encuentro.

Mosqueado: Es solamente para los tordillos que presentan sobre la capa blanca pequeñas manchitas negras del tamaño de una mosca.

Porcelano: caballo prácticamente blanco, con manchas negras en la piel, lo que le da en contraste un color a la porcelana; se le suele llamar también **blanco porcelano**.

Pangaré: decoloración clara que va desde el hocico hasta el pecho e incluso suele bajar hasta parte de la panza; en el caso de que se extienda más atrás, por la braga hasta el tronco de la cola, ya sería **pangaré bragado**.

Paleta overa o lomo overo: Su misma definición lo aclara: todo animal que sobre la capa de su cuerpo tiene, además, en determinado lugar como el que citáramos de la paleta, el lomo, el cogote o donde fuera, manchas como del overo.

Rabicano: La palabra es de origen italiano y significa **rabo canoso**. Es entonces todo animal que tenga pelos blancos en la cola, no siendo los de capa blanca como el blanco o tordillo de cualquier tipo, pues sería redundancia; es para los de capas de otros colores.

Ruano: Se les llama de esta manera a los animales que tienen la crinera y la cola más o menos blanca. Se da en los alazanes, bayos, rosillos, tostados, etc., de manera que, a riesgo de pecar por insistente, digo que no se debe decir al describir alguno de estos animales simplemente ruano, pues por ser un **pelo** y no un **pelaje**, debemos nombrar el pelaje y luego agregar la palabra ruano. Ejemplo: alazán ruano, o bayo ruano, etc.

Raya de mula: Existe en la mayoría de los asnos y mulas (de ahí su denominación), pero en los yeguarizos se da en los gateados y lobunos; también en algunos casos, en otros bayos, por ejemplo, cebrunos, tostados, etc.

Rodado: Es el animal que tiene redondeles en su cuerpo de tamaño de una naranja, más claros que el pelaje total.

Salpicado: Hay gente que lo nombra **goteado**, ya que generalmente es una parte del cuerpo que presenta como un rociado de gotas de color más claro o más oscuro que la capa total.

Sabino: Yo me atrevería a describirlo de la siguiente manera: es el único tordillo que, además de los pelos blancos y negros, presenta manchitas de color colorado o pintas que se hacen rosadas en parte o en el total de su cuerpo.

Nevado: Así se le llama al caballo que tiene diseminadas por su capa general, pintas finas blancas como si fueran copos de nieve. Se da en muchos casos sobre el anca, de manera que ahí se dice **anca nevada** o **paleta nevada**.

Tiznado: La palabra lo explica, es un borrrón oscuro en algún lugar del cuerpo: lo vemos en los lobunos, gateados, etc.

Tapado: Es el caballo sin ninguna mancha, es decir, de un solo pelaje total; generalmente se agrega la palabra **tapado** a los

oscuros en forma total, pero también se usa para los alazanes, doradillos, zainos, etc.

Vandeado: Se le dice así al caballo que presenta dos manchas colocadas más o menos a la misma altura de ambos lados del cuerpo.

Yaguané: Muy difícil de ver (al menos, debo confesar que no lo conozco), es el animal que presenta dos rayas blancas desde el tuse hasta la cola de ambos lados de la espina dorsal. Se da en los vacunos, en el Holando sobre todo, pero en los yeguarizos es muy raro de encontrar. La palabra viene del guaraní y significa zorrino, por el color de este animalito; nuestro gaucho lo llevó al yeguarizo.

PARTICULARIDADES DE LA CABEZA

Nuez	Estrella
Lucero	Corazón
Lista	Lista tuerta
Malacara	Boca de mula
Pampa	Pico blanco
Testerilla	Mascarilla
Gargantilla	Fiador
Zarco	Bigotes

Nuez, estrella, lucero, corazón: El lector se preguntará por qué colocamos en una sola lista a todas estas particularidades. Pues bien, porque todas tienen una misma respuesta: de acuerdo con su tamaño en la frente del animal, así le llamaremos. La más pequeña sería **nuez**, si tiene varios picos y es similar a una **estrella**, se le llamará así; si la mancha es grande y redonda, del tipo del **lucero**, igual; y si tiene la forma de un **corazón**, también copiará de él el nombre.

Lista: es el que tiene una lista blanca muy fina que baja desde la frente al hocico; reiteramos que tiene que ser **muy fina**, puesto que si es un poco más ancha nos vamos al malacara.

Lista tuerta: Es la misma lista que citáramos anteriormente, sólo que si se inclina hacia uno de los dos lados (es decir, no baja derecho al medio del hocico), es lista tuerta.



Malacara: Es el animal con una lista que baja desde la frente al hocico, siempre que esta lista tenga más de dos dedos de ancho y no tanto como para cubrir los ojos; en este caso entraríamos en el terreno del pampa.

Boca de mula: Se le denomina así al que lleva una decoloración o desteñido en la boca, análoga a la de la mula.

Pampa: Es el de una gran mancha blanca que cubre toda la parte anterior de la cabeza e incluso los ojos, los que casi siempre son zarcos.

Pico blanco: Cuando el animal tiene blanco el hocico. El caso del oscuro con pico blanco sería el auténtico **picazo**, sólo que, con el correr de los tiempos y por añadidura, a todo animal oscuro con lista, malacara, etc, se lo denomina picazo.

Testerilla: Cuando tiene manchas blancas pequeñas diseminadas en la frente, donde va la testera.

Mascarilla: Cuando las pequeñas manchas diseminadas (como en el caso anterior) van por la carretilla del animal.

Gargantilla: Debo repetir los términos anteriores, sólo que en este caso, como el nombre lo indica, las manchas están en la garganta.

Fiador: También manchitas a lo largo del cogote, aproximadamente donde va el fiador.

Zarco: Animal que tiene uno o los dos ojos con iris claro o casi blanco; si tiene un solo ojo zarco, se dirá, de acuerdo con el lado que lo tenga, **zarco del lado del lazo**, o **del lado de montar**.

Bigotes: No es muy común en nuestra provincia, pero en las zonas frías se suele ver yeguarizos con destacados bigotes (pelos gruesos y negros).



PARTICULARIDADES DE LOS MIEMBROS

Argel	Principio de coronilla
Coronilla	Principio de calzado
Calzado	Bien calzado
Bota con delantal	Cruzado o trabado

Maneado	Media res
Cabos negros	Mano mora
Pie moro	Cebrado
Ranillas	Nudo blanco
Calzado, mosqueado, nevado o salpicado	

Argel: Para ser correctos, debiéramos decir que es el animal que tiene la pata derecha (del lado del lazo) blanca; no importa cuánto es el blanco que ella tenga, pero, por añadidura, el paisano suele llamarle argel al caballo que tenga blanco en cualquiera de sus patas, siempre que sea una sola.

Principio de coronilla: Según la superficie que tiene de blanco sobre la corona del vaso, apenas unos pelitos blancos sería el principio de coronilla, luego coronilla y así sucesivamente. **Principio de calzado,** cuando el blanco es de cuatro dedos aproximadamente. **Calzado** es cuando tiene el blanco hasta la mitad de la pata. **Bien calzado** se denominaría cuando la mancha llega casi hasta el nudo y **botas con delantal** cuando sobrepasa al nudo. Algunos llegan con el blanco hasta las verijas (algún overo en sus antepasados).

Cruzado o trabado: En términos correctos digamos que es el animal que tiene los remos blancos en forma de diagonal,

mano blanca del lado de montar y pata del lado del lazo, o viceversa.

Maneado: Casi lo está diciendo la misma palabra: cuando tiene las dos manos blancas. Algunos paisanos le dicen también al animal que tiene las dos patas blancas, pero interpreto que esto es incorrecto, puesto que, como hemos dicho, a las patas las definimos como calzado.

Media res: Pata y mano blanca del mismo lado (en forma lateral).

Cabos negros: Los cuatro remos negros, se debe dar en forma concreta en los moros (animal que tenga pelos blancos en los remos, no es moro, por más que “amague” serlo), en los bayos (bayo cabos negros), etc.

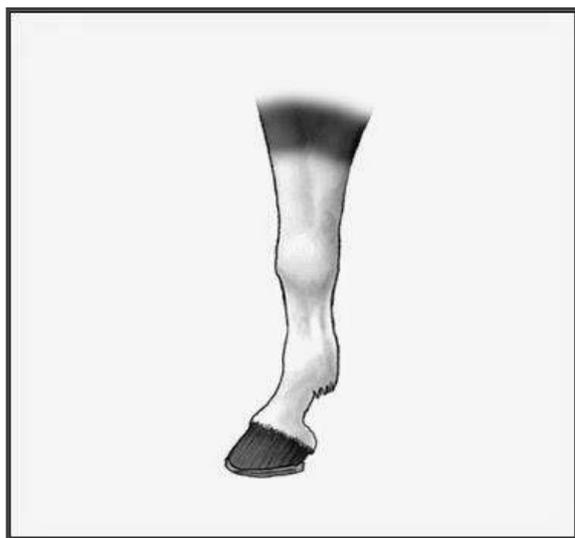
Mano mora: cuando en la mano tiene pelos negros y blancos entremezclados. Se puede dar en cualquier pelaje; por lógica decimos pie moro, si la mancha estuviera en la pata, y así sucesivamente: **paleta mora, anca mora**, etc.

Cebrado: Se le llama así al flete que tiene en su remo rayas transversales (cruzadas) y oscuras, de más o menos un dedo de ancho. Es muy frecuente en los gateados y a mi entender son ellas las que les dan el sello de verdadero “criollo” a los animales de este pelaje.

Ranillas: En algunas oportunidades el yeguarizo suele tener la particularidad de que en la ranilla presenta pelos de color distinto a la capa; por ejemplo, un zaino con pelos blancos en la ranilla, o un oscuro, etc. Esto serviría para definir “un zaino ranilla blanca del lado de montar”.

Nudo blanco: Se repite el caso anterior, sólo que en éste sería el nudo del animal.

Calzado mosqueado, nevado o salpicado: Cuando lleva sobre la mancha blanca del calzado algunas pintas que, por su tamaño y forma se podrán definir como **mosqueado** si las manchitas se parecen a varias moscas posadas sobre el pelo, **nevado** en el caso de que fueran irregulares como copos de nieve y **salpicado** tal como el nombre lo indica.



PARTICULARIDADES SOBRE LAS CAPAS

Blanco

Bayo { Huevo de pato
Amarillo
Naranja
Encerado
Cabos negros
Rodado

Lobuno { Claro
Torcaz
Tiznado
Oscuro

Gateado { Claro
Tiznado
Pangaré
Rubio
Barcino

Rosillo { Colorado
Ruano
Moro
Gateado
Overo
Bayo

Cebruno { Claro
Oscuro

Colorado { Común
Requemado

Doradillo

Zaino { Colorado
Negro
Pardo

Overo { Overo negro
Gateado overo
Bayo overo
Lobuno overo
Cebruno overo
Alazán overo
Zaino overo
Manchado
Rosado
Azulejo

Moro { Claro
Oscuro

Oscuro

Tobiano { Colorado
Negro
Zaino

Tordillo { Mosqueado
Sabino
Porcelano
Palomo
Negro
Plateado
Azafranado
Rodado

Alazán { Claro
Tostado
Ruano
Dorado

ALGO MÁS SOBRE CABALLOS

Casi siempre aparece una pregunta en las charlas sobre caballos, y es la siguiente: ¿cuántos años vive el yeguarizo? La respuesta comienza por otra pregunta: ¿qué tipo de caballo? El mestizo vive un poco más que el clásico animal de trabajo, y es un poco lógico que así sea, por la calidad de vida de cada uno. El mestizo vive alrededor de veinte años (aproximadamente), lo que no significa que no pueda haber casos de animales de este tipo que han llegado a los treinta, pero, insisto, estamos hablando de la generalidad; de la misma manera, la edad media de vida de un caballo de trabajo es de diecisiete años (el caballo zaino de mi padre vivió hasta los veintitrés).

Al envejecer, el yeguarizo comienza a encanecer, como nosotros, se le va llenando la cara de pelos blancos, sobre todo alrededor de los ojos y en la boca, se le arrugan los párpados y la boca tiende a aflojarse y a colgar. Podemos mencionar al gran poeta y amigo don Luis Domingo Berho, cuando, al recordar al Maceta, decía:

*Dejó el pasto que él comía
pa' otro caballo mejor
era el último favor
que al dueño ingrato le hacía
al tiempito no tenía
más que los güesos y el cuero
a veces el día entero
pasaba como distraído
y el labio de abajo caído
como un inmenso puchero.*

Algunos datos, como al pasar, hablan de yeguarizos longevos. En Francia los hay de un petiso que vivió hasta los cincuenta y dos años; en Australia (según el escritor **Desmond Morris**), un animal de carrera llegó a los cuarenta y dos años (Tango Duke, nacido en 1935 y muerto a principios de 1978). Como decíamos al comienzo, siempre hay excepciones: hay que tener en cuenta el trato, la comida, el trabajo, el pediré, cómo nace, cómo se cría, etc.

A las pocas horas de nacer, el potrillo estará mamando, y, pese a la distancia que lo separe de él, el paisano sabrá en forma inmediata el sexo del animal nacido, simplemente porque el potrillo macho caminará con pasos vacilantes alejado de la

madre, mientras que la potranquita lo hará pegado al cuarto de la yegua (esto es casi infalible).

Y ya que hablamos del nacimiento (o del parto) recordemos algo que es digno de tener en cuenta: deje que sea la madre la que se ocupe de “limpiar” al potrillo; hay quienes en su afán de “ayudar”, cortan el cordón umbilical e incluso secan al recién nacido, y esto, estimado lector, es un error que no debemos cometer.

Cuando nace el animal, la yegua toma contacto nariz a nariz con él y lanza un resoplido como de saludo o bienvenida, que en algunos casos contesta, muy apagadamente, el potrillo; con esto se establece el primer lazo de unión de madre e hijo. Luego comienza la limpieza: la yegua lamerá al recién nacido, sobre todo en el hocico (para facilitarle la respiración); minutos después se para, y al hacerlo corta el cordón umbilical y automáticamente separa al potrillo; éste, ni bien se puede tener en pie, estará mamando; no obstante ello, la madre seguirá con su tarea de limpieza, sin descuidar ninguna parte del cuerpo. Todo ello hace también a la identificación del olor del hijo por parte de la madre, pues por medio de él deberá reconocer a su recién nacido entre otros potrillos.

Hay que dejar a la madre en todo esto, como decíamos, puesto que transcurren algunos minutos desde el parto hasta que

la madre se levanta y corta el cordón umbilical; este tiempo está dictaminado por la naturaleza, a efectos de que el potrillo reciba, ya fuera del vientre de la madre, una última dosis de sangre que lo ayudará a contrarrestar infecciones y contagios; además, esos minutos hacen falta para que cicatricen las venas que unen al cordón con el vientre del potrillo.

Por lo general, el ser humano dueño de una yegua preñada quiere estar presente en el momento del parto, ya sea en su afán de ayudarlo, o por el tierno momento a presenciar. Por el motivo que sea, no es aconsejable estar cerca de la yegua cuando ésta va a parir. La yegua tiene necesidad de estar sola en el momento del parto; la compañía de seres humanos la perturba, de manera que sirva este pequeño párrafo de sugerencia: aléjese de la yegua en los momentos previos al parto, le hará un bien.

Ya hemos visto nacer (imaginariamente) al potrillo, veámoslo en sus primeros pasos en la vida.

El yeguarizo, comparado con los niños, crece a una velocidad supersónica. Al día siguiente de nacer, oye, camina, mama, orina, defeca, galopa, juega, se revuelca, se asea, etc. Durante el primer mes de vida, el animalito explora el mundo que lo rodea hasta donde su madre le permite; le salen los primeros dientes de leche, busca la bosta de otros caballos y la come en su parte fresca (esto, aunque parezca aberrante, es la

manera en que la madre naturaleza le enseña a infestar sus propias vísceras con las bacterias que le serán necesarias para su digestión cuando adulto).

Durante este lapso el potrillo descansará o dormirá la mitad del tiempo y pasará acostado dos tercios; a los seis meses ese horario de descanso será de quince minutos por hora y después de él dormirá acostado aproximadamente cinco minutos por hora; por supuesto que la casi totalidad del tiempo restante la emplea en alimentarse. También necesita asociarse al mundo nuevo que le toca vivir; en sus primeras semanas de vida entablará contacto con otros caballos; si no está en contacto permanente con los humanos. Se adaptará casi inmediatamente a los de su cría; si estuviera muy ligado a los humanos, les tendrá miedo a los suyos y le costará más tiempo hacerse de “amigos”. De todas maneras, lo ideal sería un poco de ambas cosas: cuidado de parte del humano, dejándole hacer su vida de yeguarizo.

El potrillo, aunque pequeño, está dotado por la madre naturaleza para su defensa personal (como todos los animales, unos más, otros menos). Cuando se le acerca algún caballo, o si teme a otro tipo de animales, el potrillo hace un gesto de defensa, que consiste en abrir y cerrar la boca mostrando los dientes (lo que algunos llaman **tarasqueo** o **aplaudir con los**

dientes). Con él el animal parece decir: “Soy muy pequeño, no me hagas daño...”. El gesto desaparece cuando cumple aproximadamente tres años, sin lugar a dudas, está visto que la naturaleza dotó al ganado equino de este visaje defensivo hasta tanto pueda valerse por sus medios , es decir, hasta que, adulto ya, sea capaz de usar las patas, los dientes y las manos.

También el yeguarizo adulto tiene (entre otros) un muy conocido gesto de amistad o afecto, y es el **rascado** o el **aseo**; un caballo se acerca a otro y comienza a rascarlo en alguna parte del cuerpo; seguramente, luego el otro pasará también a repetir la muestra de afecto recibida.

Creo que también el olfato del yeguarizo merece un párrafo en nuestros comentarios. Es evidente que el olfato de los caballos es muy superior al del humano y es lógico que así sea: debe aquel olfatear en el aire la cercanía del predador, dispuesto a diezmar la manada; debe oler las charcas o lagunas a gran distancia, indispensable acto para salvar la vida; también a gran distancia puede olisquear en el aire a la yegua en celo.

Al margen de lo expuesto, le sirve su gran olfato como “tarjeta de presentación”: habrá notado el lector que, cuando dos caballos se encuentran por vez primera, se huelen muy lentamente y, sobre todo, se huelen el aliento; acercando sus narices como en un beso, ambos resuellan tirándose el aliento en

señal de “presentación”. Al hacer esto, puede nacer entre ellos una gran amistad o, por el contrario, cuando los que se olieron son caballos salvajes, a veces, ante el temor de un relativo dominio de uno de ellos, surge inmediatamente una salvaje pelea; de todas maneras, es digno de recalcar que, después de la “tarjeta de presentación”, ninguno de los dos, amigos o enemigos, olvidarán los mutuos olores.

Algunas veces he oído decir a los viejos domadores que una manera de hacerse conocer por el yeguarizo que se pretende domar, era escupir en el hocico del mismo y es probable que, sin saberlo tal vez, nuestros viejos paisanos les estaban mostrando su “tarjeta de presentación” al noble amigo. Es muy probable que la amistad se fortaleciera de esta manera, al menos la intimidad, que debe existir entre hombre y caballo.

Y por último, en esto de recordar el gran olfato de nuestros amigos los caballos, digamos, para redondear un tanto lo que hablábamos al comienzo sobre la madre y su potrillo, la yegua emplea el sentido primitivo del olfato para reconocer a la distancia a su hijo. No por el oído ni por la vista; es el olfato lo que le hace distinguirlo entre cientos de potrillos iguales al suyo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Assunção, Fernando. *Pilchas criollas.* 1ra.Ed. Montevideo. Edición de la Comisión de Homenaje del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825. 1976

Bravo, Domingo. *Diccionario Quichua-Castellano.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1977.

Cereceto, Pedro Luis. *Historias de pulperías.* 1ra.Ed. Tandil. Impresora Vitulo. 1981.

Coluccio, Félix. *Diccionario folklórico argentino.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Luis Laserre. 1964.

Concolorcorvo. *El lazarillo de ciegos caminantes.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Solar. 1942.

Díaz Usandivaras, Julio. *Folklore y tradición.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Raigal. 1953.

Ebelot, Alfredo. *La Pampa.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1961.

Hernández, José. *Martín Fierro.* Buenos Aires. Cultural Argentina. 1967.

Hudson, Guillermo Enrique. *Allá lejos y hace tiempo.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Sopena Argentina. 1955.

Labiano, Alberto. *Tres ensayos sobre pelajes.* 1ra.ed. Buenos Aires. Hemisferio Sur. 1977.

MacCann, William. *Viaje a caballo por las provincias argentinas.* 2da.Ed. Buenos Aires. José Luis Busaniche.1939.

Perrone, Jorge. *Diario de la historia argentina.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Latitud 34. 1981.

Rapela, Enrique. *Conozcamos lo nuestro.* Tomo 1. 1ra.Ed. Buenos Aires. Cielosur. 1977.

Rapela, Enrique. *Conozcamos lo nuestro.* Tomo 2. 1ra.Ed. Buenos Aires. Cielosur. 1978.

Rosas, Juan Manuel de. *Gramática y diccionario de la lengua pampa.* 1ra.Ed. Buenos Aires, Albatros.

Rosas, Juan Manuel de. *Instrucciones a los mayordomos de estancias.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Americana. 1951

Sáenz, Justo P.(h). *Equitación gaucha en la Pampa y Mesopotamia.* 2da.Ed. Buenos Aires. Peuser. 1942.

Sánchez Zinny, E. *Integración del folklore argentino.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Stilcograf. 1968.

Sarciat, Pedro. *El pelo yaguané en el caballo criollo.* 1ra.Ed. Montevideo. Arsol.1978.

Solanet, Emilio. *Pelajes criollos.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Sainte Claire. 1980.

Terrera, Guillermo. *El caballo criollo en la tradición argentina.* 1ra.Ed. Buenos Aires. Plus Ultra. 1979.

Visiconte, Mario. *Chivilcoy en sus orígenes*. 1ra.Ed. Chivilcoy. Secretaría de Cultura Municipal. 1966.

Visiconte, Mario. *Rosas, fundador del partido de Chivilcoy*. 1ra.Ed. Chivilcoy. Secretaría de Cultura Municipal. 1981.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN.....	13
COMIDAS TÍPICAS.....	15
EL PONCHO.....	17
EL LAZO.....	21
LAS BOLEADORAS.....	27
EL CHIFLE.....	69
LAS ESPUELAS.....	71
ALGO SOBRE CULTURA POPULAR.....	75
EL CUCHILLO.....	81
FACÓN.....	83
CORRIDA DE TOROS.....	89
CORRIDA DE SORTIJAS.....	91
POLCA DE LA SILLA O CARRERA DE LA SILLA.....	93
CARRERA DE CABALLOS.....	95
CARRUAJES DE CABALLOS.....	99
ESCUELAS DE EQUITACIÓN.....	105
EL RECADO.....	111
EL MATE.....	115
PELAJES DE YEGUARIZOS.....	127
ALGO MÁS SOBRE CABALLOS.....	149
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.....	153

IMPRESO EN CHIVILCOY
Tirada inicial: 100 ejemplares

Por sendas gauchas es un libro de historia y de actualidad, es un libro de costumbres, de mensajes, de consejos. En él, don Oscar Marchesini vuelca toda su sapiencia campera, desgrana las historias como dejando una huella de otra huella que juntas condensan el pasado y el presente de un campo que permanece vivo en el libro, vivo en las pilchas del gaucho, en sus comidas, en sus cuchillos, en sus carruajes, sus diversiones, sus boleadas, en sus amados caballos. Respeto y acabado conocimiento sean quizás las dos características que trotan el libro entre la música de cascos y vientos llanos, y en esto de transmitir la tradición, Por sendas gauchas será un lugar fundamental de consulta y regocijo para los lectores.

Daniel Casas Salicone

ISBN 978-987-4427-04-5



9 789874 427045